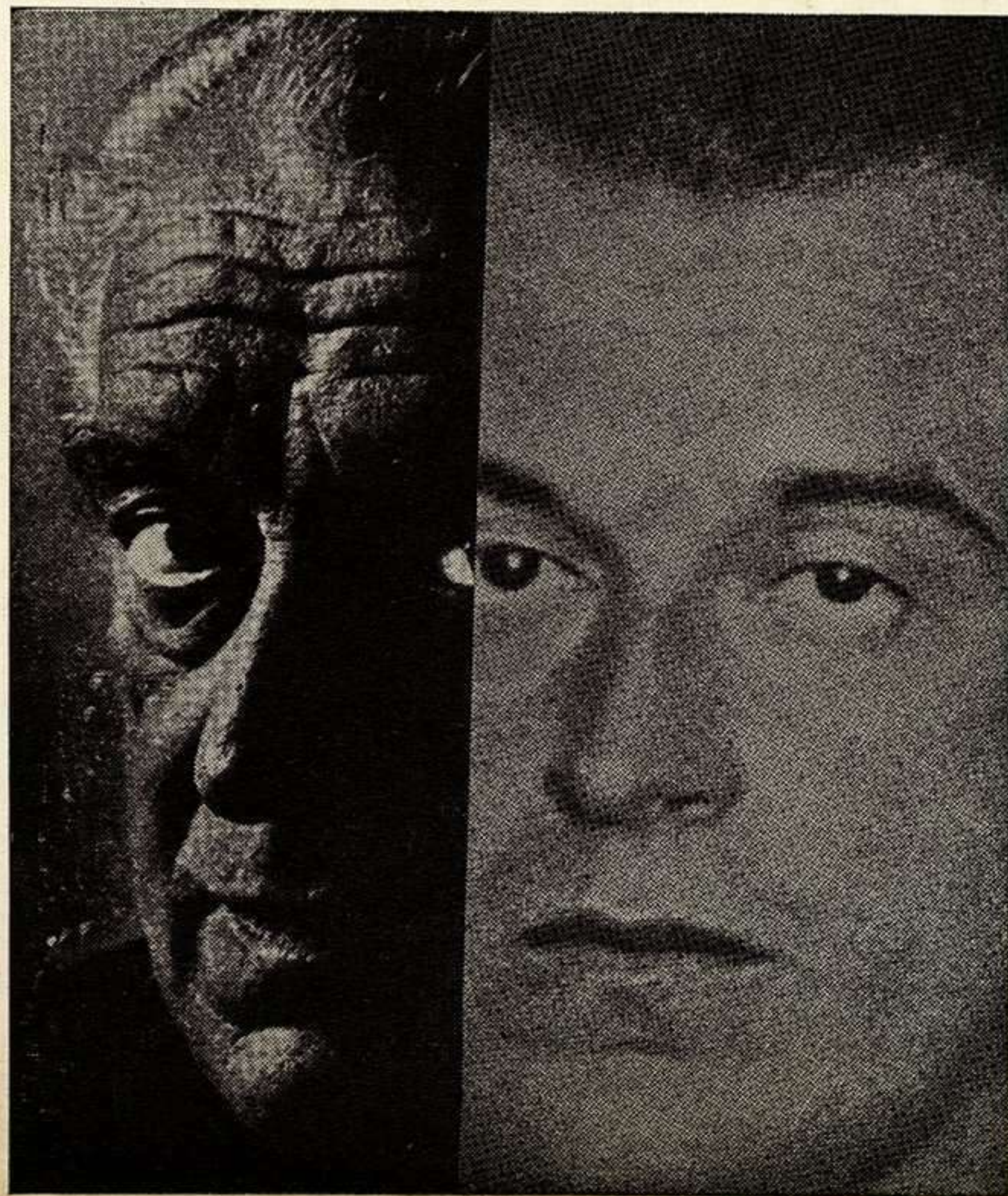


RAFAEL ALBERTI

CUADERNO DE RUTE (1925)

poemas · prosas ·
epistolario.



ediciones
litoral

LITORAL

Dirección, Redacción
y Administración:

Urbanización La Roca, 107 - C

TORREMOLINOS
(Málaga)

Teléfono 384200 - Ext. 107 - C

Distribuye:

VISOR LIBROS

Calle del Roble, 22

MADRID - 20

390 -
C.E.L. 24.XL97

LITORAL



11

LITORAL



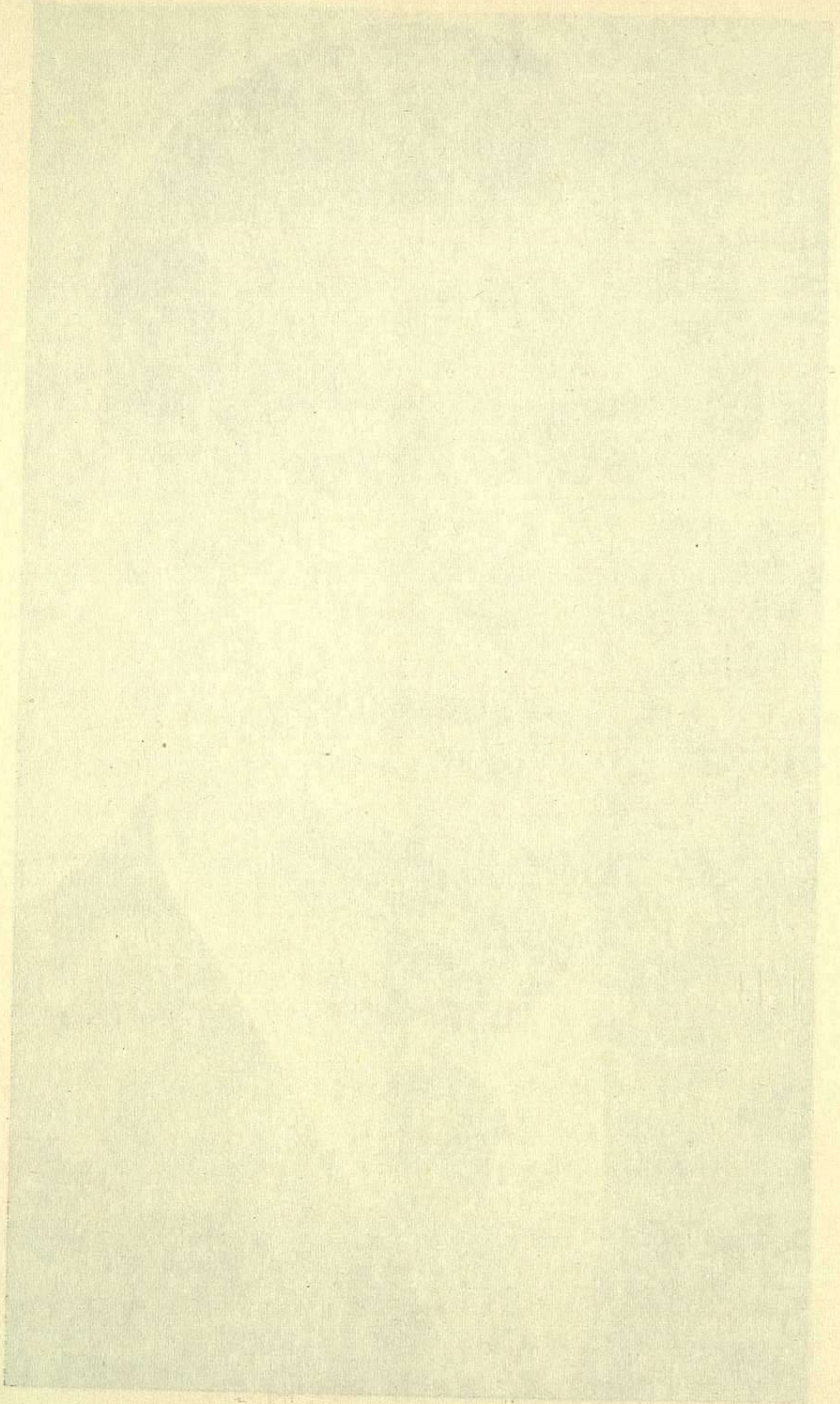
11
11

LITORAL



11





Carta de Aitana Alberti a su padre

Querido padre:

A finales de 1925 llegabas tú a Rute, ya de anohecida, “con el alma cargada de olivares”, después de un viaje “dramático y triste” por los campos de Lucena y Montilla. En el invierno, estas suaves colinas, estos montes poco encrespados, tuvieron para ti —para tus ojos, inundados por el mar azul de tu bahía—, su gesto más bronco; imagen primera que luego teñiría de melancolía tus recuerdos.

Yo ahora, en cambio, vengo desde Málaga en el corazón del verano; así que mi “primera imagen” del paisaje ruteño será forzosamente mucho más dulce, aunque conozco demasiado bien la tragedia secular que disimula el deslumbrante sol de Andalucía.

Entre nuestras dos visitas han trascurrido 52 años.

—Cuéntame, por favor, cómo son ahora aquellas tierras. Apenas me dejen los amigos reencontrados y las complicaciones de la política, iré a verlas con mis propios ojos.

Y aquí estoy.

A pocos kilómetros de dejar atrás la carretera general aparece Iznájar, colgado en la cima de un monte.

*Prisionero en esta torre,
prisionero quedaría...*

El castillo moro, las blanquísimas casas, se reflejan en el agua.

—En el Genil, recordarás.

¡Ay! No. Aquello ya no es el Genil. Al río lo han domado, lo han metido en cintura y ahora, transformado en pantano, cubre las famosas huertas, donde los poetas populares recitaban sus versos entre copa y copa de aguardiente. Las tierras más fértiles de la zona, las únicas de regadío, yacen sepultadas bajo este espejo inmóvil, acosado por millares de olivos. Sus aguas sirven para producir una energía que, al parecer, ningún pueblo de la comarca disfruta. Los huertos sumergidos ya no dan a los hombres su cargamento anual de tomates, pimientos y lechugas. Modernos camiones los traen desde Loja o Granada.

Cruzamos el pretencioso puente de hormigón, símbolo de los tiempos nuevos. A la derecha, mucho más abajo, un puentecillo algo ruinoso. Por él has tenido que pasar para subir a Iznájar con tu cuñado Ignacio Docavo en aquel automovilillo de juguete.

Seguimos dejando atrás las curvas del camino. Este es el reino del olivo. Los árboles trepan a la cumbre de los montes y se precipitan por la otra ladera en apretadas filas de una simetría perfecta. El agua del embalse es copia fiel del color gris azul de sus hojas.

Por fin, detrás de la última revuelta, surge Rute.

Es mediodía. Hace un calor africano. Rute se estira, a media ladera, refulgente de blancura. No parece que lo hayan estropeado con bloques modernos de altura desproporcionada. Predominan las estructuras cúbicas traídas por los berberiscos hace siglos, con sus terrados y sus pequeñas ventanas. Un cerro cónico cubierto de vegetación alza su mole detrás de las últimas casas. Es el famoso Monte de las Cruces. A su derecha, más bajito y rechoncho, otro montecillo, coronado por un torreón desdentado. Es el Canuto. Curiosamente, no lo mencionas para

nada en “La arobleda perdida”; tal vez porque no tiene el carácter misterioso y algo mágico de su vecino.

Entramos en Rute despacio por sus callejuelas empinadas. (Entre el barrio bajo y el alto hay más de cien metros de desnivel). ¿Cómo localizaremos a los chicos que en agosto de 1976 organizaron un homenaje en tu honor, a pesar de la furibunda oposición de las fuerzas “vivas” —más bien muertas— del pueblo?

Si tu cuñado fue notario aquí durante tantos años, algo sabrá de él su colega actual, razonamos.

En la notaría estaban de mudanza. Así y todo, nos atendió cordialmente un señor empleado allí. El sabía muy bien quién era Ignacio Docavo. Acosado por nuestra curiosidad, nos cantó las alabanzas al progreso y mejora del pueblo durante los años triunfales del franquismo:

—Hay agua corriente y muchos coches...

Pero la población de Rute ha pasado de 19.000 habitantes en los años treinta, a unos 9.000 habitantes en la actualidad. La mayoría, cómo no, ha emigrado a Barcelona. Muchos también, están en Ibiza, “en eso de los hoteles”. Forman parte de una multitud, salida de los campos andaluces: “los altres catalans”.

Como dato dramático te diré que entre enero de 1961 y agosto de 1964, abandonó Andalucía cerca de un millón de personas, 156.383 nacidos en la provincia de Córdoba, a la que Rute pertenece.

Así que Rute no está únicamente aquí, ardiendo de blancura bajo el sol. En Hospitalet, en Tarrasa, hacinados malamente en viviendas llamadas “protegidas” que se caen a pedazos, late una parte importantísima del corazón de este pueblo.

A los inmigrantes se les llama —con una mezcla de irritación y ternura— los “comepavos”, porque cuando vuelven una vez al año, traen de esos mundos de Dios un hambre tan brutal, que dejan a los parientes sin un mal chorizo que llevarse a la boca. Pero este no es tan sólo un hambre de alimentos sanos, abundantes, es un hambre mucho más profundo. Necesitan renovar sus raíces, recuperar la identidad, malherida por las aristas de la gran ciudad; sentir que pertenecen a una tierra que, aunque dura y en manos de unos pocos, da un sentido a sus vidas.

Al poco rato entra por casualidad en la notaría un hombre delgado, vistiendo un mono azul manchado de grasa. Nos llama la atención la vivacidad de sus ojos, sus movimientos ágiles.

El señor "ancien régime" hace las presentaciones. Es Antonio, llamado también el "Ingeniero"; dueño, para más señas, de un taller de reparación de coches y con unos años de emigración en las espaldas.

Al enterarse de que soy tu hija, le entra una gran emoción.

—Yo fui uno de los organizadores del homenaje a tu padre. Id al Círculo Mercantil —nos dice—, os mandaré a todos los compañeros que encuentre.

Y desaparece.

Así fue como, a los diez minutos de llegar, entramos en contacto con la gente que mejor podría contarnos cómo es Rute, hoy.

El Círculo Mercantil es una especie de galpón, sumergido en una fresquísima penumbra de acuario.

—Existe también el casino de los señoritos; aún más destartado que éste—, comentarán, más tarde, regocijados, nuestros nuevos amigos.

Nos sirven una comida francamente buena. Bebemos de un botijo. Esperamos.

El primero en llegar es Miguel, el médico; uno de los dos que ejercen en el pueblo. La noticia de nuestra presencia se ha transmitido con la celeridad del rayo. El círculo se va agrandando. Hay mujeres con niños pequeños en los brazos y otros cogidos tímidamente de sus faldas. Jóvenes profesores, estudiantes... Otros llegan, saludan algo cohibidos, y se marchan.

Poco a poco se perfila el grupo que pasará toda la tarde con nosotros: Manolo, el impresor; Miguel, el médico; José María, el funcionario del Registro; Pepe, el maestro, ¡en Cataluña!; y su hermano Antonio, el estudiante de Económicas.

Ellos serán nuestros guías. A través de su entusiasmo, de su sano espíritu crítico y, en definitiva, de su profundo amor por Rute, lograremos una primera aproximación, un primer atisbo de las realidades de este pueblo escondido en la sierra, a horcajadas entre la Andalucía occidental y la oriental.

Salimos a la calle. Tengo la impresión de que el sol de las tres de la tarde, sumado a la copa de aguardiente que he be-

bido, hará que caiga fulminada. Pero nada ocurrió. De sobra conoces, por tus divertidas experiencias en casa de doña Colo, las cualidades digestivas del abrasador brebaje ruteño, aunque parezca que despelleja las entrañas. Más tarde, por cierto, habríamos de visitar la fábrica de uno de los aguardientes más famosos.

*Vente, rondaflor, al puente
de la golondrina, amor.*

En el puente de *Las golondrinas* empezó nuestra peregrinación albertiana. Seguimos tus pasos, buscamos tu joven sombra principalmente de la mano de Manolo, el impresor, profundo conocedor de "La arboleda" y también de la historia de Rute desde su fundación.

Por estas cercanías acampaba el pobre carromato de la gitana que te inspiró "La húngara".

—¿Cuántas veces se habrá sentado tu padre en el pretil del puente a contemplar el paisaje?... Entonces no existiría ese vertedero de basuras, ni tampoco se vería a lo lejos el pantano de Iznájar.

Regresamos lentamente hacia el pueblo. Como el calor aprieta, decidimos cobijarnos bajo las ramas de un olivo. Terminamos dejando atrás Rute para coger la carreterita de Priego de Córdoba.

*¿Por qué vereda se fue?
¡Ay aire, que no lo sé!
¿Por la de Benamejí?
¿Por la de Lucena o Priego?
¿Por la de Loja se fue?
¡Ay aire, que no lo sé!*

A nuestras espaldas, colgadas de las peñas, las antiguas ruinas de Rute Viejo; ante nuestros ojos, olivares sin fin alfombrando las suaves colinas.

Miguel, el médico, se queda ensimismado. Hace un gesto con el brazo que abarca el horizonte:

—Yo nací ahí cerca, en Montilla. Nunca salí de esta región. Conozco cada rincón de la sierra. He ayudado a parir a las mujeres de los cortijos más apartados. Para mí es el lugar más hermoso del mundo.

Todos los presentes asienten con gravedad.

Alguna vez estos olivos dejarán de estar en manos de dos o tres familias. Entonces volverán los que salieron por ahí con su hambre auestas, a hacerse cargo de las tierras que les pertenecen por un derecho adquirido a través de siglos de opresión.

Sí. Algo se mueve ahora en la “Andalucía del llanto”.

—¿Y qué ha sido de los espiritistas?

Miguel abandona su aire adusto y ríe.

—Abundaban más por la parte de Iznájar. Ya no queda ninguno. A veces, algunos amigos, para divertirnos, nos sentamos alrededor de un velador. Ocurren cosas bastante sorprendentes.

—¿Qué cosas? —insistimos.

Ríe nuevamente.

—En todo caso, al espíritu de Fátima no se le ve el pelo. Debe haber conseguido el descanso eterno.

Entre bromas y veras, mira por donde, algún rescoldo de misterio aún perdura, a pesar de su moderno disfraz parapsicológico.

Manolo, el impresor, cambia de tema.

—La muchacha que inspiró a tu padre “La encerrada” iba a misa de alba a la iglesia de Santo Domingo.

*Yo sé que estás prisionera
y que intentan liberarte
gentes que yo no quisiera.*

Evocar a la verdadera Altea, trágico personaje de tu obra de teatro *El Adefesio*, nos lleva a indagar cómo son las relaciones amorosas entre chicos y chicas.

Responden los dos más jóvenes miembros de la reunión: el maestro y el estudiante.

—Han desaparecido las “carabinas”, los hermanitos menores cancerberos, las Gorgos represoras... Vientos nuevos han derri-

bado rejas y celosías haciendo realidad el urgente ruego del poema escrito hace cincuenta años:

*¡Rompe, amor, las persianas!
¡Abajo, amor, las cortinas,
que estás muy pálida!
¡Que te dé el sol!
¡Al campo, a caballo, amor!*

Ocurre algo curioso. En la zona de Montilla, por ejemplo, cerquísima de aquí, las costumbres en este aspecto son mucho más rígidas, más a la antigua.

—Nosotros, en cambio, hacemos cosas que antes, especialmente sobre las chicas, hubieran desencadenado todas las iras del infierno. Actuamos con más libertad, con espontaneidad y, también, con más inocencia.

—¿Ocurre lo mismo en todas las clases sociales?

—Sí. En todas.

Eso afirman, al menos, dos representantes de la “nueva ola” ruteña.

Es probable que aún se mantenga una fachada hueca de contenido para tranquilizar las conciencias hipócritas.

Aún nos queda por ver algo muy importante: la casa de la calle Toledo, residencia de tu hermana María y de tu cuñado Ignacio Docavo.

Vivías con ellos cuando recibiste la noticia de que te habían concedido el Premio Nacional de Literatura por “Marinero en tierra”.

Nos detenemos ante una armoniosa fachada, perfectamente conservada y remozada. Debe ser uno de los caserones antiguos más lujosos del pueblo. La ocupa ahora la familia de un médico.

Nos introduce uno de los hijos, amigo del estudiante.

Después de una larga espera en el portal, sale una señora bastante azarada.

—Estamos encalando. Suban, por favor, directamente al tercer piso, que es donde dormía Alberti.

¡Ay! La falta de naturalidad de la burguesía española.

El muchacho que nos guía está visiblemente viólento. Agradecemos con calor su intervención para hacerle pasar el mal rato.

Del zaguán arranca una ancha escalera. Se abre una puerta, ya en el tercer piso. Desembocamos en la azotea donde tú te pasabas las horas muertas persiguiendo el débil calor del sol invernal. Frente a nosotros se alza el Monte de las Cruces, iluminado por los últimos resplandores. Hay macetas por todas partes. Abajo, vislumbramos un patio casi a oscuras.

*Oído, mi bando oído,
¿qué sientes tú contra el muro?
—La voz del mar, el zumbido
de este calabozo oscuro.*

Pared por medio con tu cuarto, tal como recuerdas en “La arboleda”, estuvo la cárcel hasta hace muy pocos años.

Desde el balcón nos enseñan las ventanas de la casa de doña Colo, a pocos metros de distancia.

Doña Colo, doña Colo. ¿Qué será de doña Colo?

Manolo el impresor, cómo no, conoció a una de sus hijas. Una de esas, feísimas por cierto, que tu hermana Milagros intentaba mejorar aplicándole en la cara complicados potingues traídos de Madrid. Pero el “rimmel” sólo conseguía hacerla llorar cuando, emperifollada como una muñeca con la complicidad traviesa de mi tía, asistían a la representación de una zarzuela. Eran todas muy sensibleras:

“—Milagritos, ese cantante me recuerda a mi novio. ¡Ay, qué pena, por Dios!”. Y las lágrimas caían a raudales dejándole a la muchacha un rastro de negros churretes en las mejillas cargadas de colorete.

—Es que las pobres eran buenísimas, pero una calamidad— explica la tía Milagros muy seria.

Ya es de noche cerrada.

Nuestro viaje al pasado, en busca del tiempo perdido, llega a su fin. Poco a poco, de mala gana, los amigos se dispersan.

Aún nos quedan fuerzas para comer unas anchoas en vinagre y beber unos vasos de vino.

Sin embargo, aunque nos empeñemos en prologar la cosa, el maravilloso día en Rute está a punto de concluir.

Arrastramos nuestro cansancio y nuestra alegría por haber conocido gente tan estupenda por dos o tres tascas más.

El último que no logra arrancar para Montilla, donde le espera desde esta mañana su familia, es Miguel, el médico.

Naturalmente, terminamos durmiendo en Montilla y comiendo codornices fritas a la una de la mañana en Montilla y dándonos un fraternal abrazo de despedida en Montilla, bajo un cielo rutilante de estrellas.

—Tu padre tiene que venir a Rute. Le haremos otro homenaje. Será algo apoteósico. Fantástico. Para taparles definitivamente la boca a los que mal interpretan lo que dice del pueblo en las memorias. Después de cuarenta años de silencio, la libertad de hablar, de recitar poemas, de denunciar injusticias sin que te metan en la cárcel, de proclamar “soy de tal o cual partido político”... Tu padre tiene que venir pronto, muy pronto.

Nos marchamos de Rute con el alma cargada de gratitud. Reconfortados por haber encontrado seres que aún son capaces de darle gran parte de su tiempo a la amistad. Seres que aún cultivan los impulsos fraternales escondidos en el corazón del hombre, ahogados en nuestras insoportables ciudades por tanta televisión y tanto apresuramiento.

A horcajadas entre la Andalucía occidental y la oriental existe un pueblecito blanco perdido entre los olivos. Tengo que agradecerte a ti, padre, el haberlo encontrado.

Un fuerte abrazo de tu hija

AITANA

Poncebos. Picos de Europa.

Agosto de 1977.

Homenaje a Rafael Alberti en Rute



RUTE 16-22 AGOSTO DE 1976

SEMANA CULTURAL EN HOMENAJE A RAFAEL ALBERTI

Lunes día 16

Conferencia sobre "Diversos aspectos del problema agrario" a cargo de Gonzalo Sánchez, presidente de la UTT de Lebrija (Sevilla) y Antonio Palacios, vocal provincial de Viticultura de Cádiz.

Miércoles día 18

Conferencia sobre "Andalucía como ámbito de solidaridad" a cargo del abogado sevillano Luis Uruñuela.

Jueves día 19

Conferencia sobre "Agricultura andaluza: sus clases sociales en el futuro de España" a cargo de Isidoro Moreno, profesor de Antropología Cultural en la Universidad de Sevilla.

Sábado día 21

Conferencia en torno a TRAYECTORIA HUMANA EN LA VIDA DE RAFAEL ALBERTI a cargo de Alfonso Guerra.

Durante la semana habrá una exposición de Pintura Popular Andaluza con obras de Aguilera Amate, Duarte, Cuadrado, Cortijo, Félix de Cárdena, Morales, etc.

Rafael Alberti quiere agradecer desde las páginas de la revista LITORAL a los que hicieron posible la celebración de un homenaje en su honor en Rute, del 16 al 22 de agosto de 1976: organizadores, partidos políticos, poetas, cantantes, y, en general, a todos los que asistieron a tan memorable acto.

Para esta edición

En este que ahora titulamos "Cuaderno de Rute", descubrí tardíamente, en Madrid, por mi sobrina María Alberti, se agrupan algunas poesías y prosas que recordaba muy bien junto a otras completamente perdidas en mi memoria. Leídas hoy a tanta distancia, creo, quizá, encontrar exageradas, más que injustas, algunas apreciaciones sobre Rute, las cuales podrían ser aplicables igualmente a otros tantos pueblos aislados de las serranías andaluzas.

Las prosas dedicadas a diversos personajes, populares, rufiños, nunca fueron publicadas, por parecerme, sobre todo entonces, demasiado ceñidas a lo local, sin trascender más allá de los límites de aquel dramático pueblo caído entre los montes cordobeses. Hoy las encuentro interesantes, además de un jolón, algo diferente, en la totalidad de mi obra literaria.

Algunas de las poesías - canciones - que aquí dejó, quizá no las incluí en "El alba del alhelí" por considerar unas euras de otras o por no haber tenido a mano este cuaderno en el momento de componer aquel libro, al que realmente pertenecen. Entre estas canciones, lo mismo que en las de "La encerrada" y "La Maldicida", ya publicadas, hay algunas que pueden también considerarse el origen de "El Adefesio", mi obra teatral,

que urdí, pasado el tiempo, en los primeros años de mi destierro en la Argentina, a base de algún hecho real y singulares personajes casi entrevistos que se quedaban en mi memoria juvenil, recreados luego poéticamente en la distancia.

Lo que tal vez aparece más en este "Cuaderno" son los borradores de las cartas que dirigí, entre otras, a algunos de los amigos que empezábamos a formar aquella generación de poetas, conocida hoy en el mundo con el nombre de "grupo del 27". Entre ellas hay una carta destinada a Fray Justo Pérez de Urbel, de la Orden de benedictinos de Santo Domingo de Silos, que deseo dejar como recuerdo de unas noches maravillosas y hasta un poco diabólicas que pasé con él en mi celda, acompañado de otros frailecitos sencillos, cultos y verdaderamente liberales entonces, diez años antes de aquella nuestra guerra civil, que por más tarde llevó al padre Justo a ser un fraile tristemente representativo en el campo franquista.

La revista "Litoral", de la que se habla en las cartas dirigidas a Emilio Prado, tiene hoy más derechos que nadie a incluir en sus ediciones, como lo hizo entonces con mi libro "La amante", este "Cuaderno de Rute".

Rafael Alberti

Madrid, septiembre/1977.

Para esta edición

(Transcripción)

En este que ahora titulamos "Cuaderno de Rute", descubierto tardíamente, en Madrid, por mi sobrina María Alberti, se agrupan algunas poesías y prosas que recordaba muy bien junto a otras completamente perdidas en mi memoria. Leídas hoy a tanta distancia, creo, quizá, encontrar exageradas, más que injustas, algunas apreciaciones sobre Rute, las cuales podrían ser aplicables igualmente a otros tantos pueblos aislados de las serranías andaluzas.

Las prosas dedicadas a diversos personajes, populares, ruteños, nunca fueron publicadas, por parecerme, sobre todo entonces, demasiado ceñidas a lo local, sin trascender más allá de los límites de aquel dramático pueblo caído entre los montes cordobeses. Hoy las encuentro interesantes, además de un jalón, algo diferente, en la totalidad de mi obra literaria.

Algunas de las poesías —canciones— que aquí dejo, quizá no las incluí en "El alba del alhelí" por considerar unas ecos de otras o por no haber tenido a mano este cuaderno en el momento de componer aquel libro, al que realmente pertenecen. Entre estas canciones, lo mismo que en las de "La encerrada" y "La Maldecida", ya publicadas, hay algunas que pueden también considerarse el origen de "El adefesio", mi obra teatral, que urdí, pasado el tiempo, en los primeros años de mi destierro en la Argentina, a base de algún hecho real y singulares personajes casi entrevistados que se quedaron en mi memoria juvenil, recreados luego poéticamente en la distancia.

Lo que tal vez aprecie más en este "Cuaderno" son los borradores de las cartas que dirigí, entre otras, a algunos de los amigos que empezábamos a formar aquella generación de poetas, conocida hoy en el mundo con el nombre de "Grupo del 27". Entre ellas hay una carta destinada a Fray Justo Pérez de Urbel, de la Orden de benedictinos de Santo Domingo de Silos, que deseo dejar como recuerdo de unas noches maravillosas y hasta un algo diabólicas que pasé con él en mi celda, acompañado de otros frailecitos sencillos, cultos y verdaderamente liberales entonces, diez años antes de aquella nuestra guerra civil, que poco más tarde llevara al padre Justo a ser un fraile tristemente representativo en el campo franquista.

La revista "Litoral", de la que se habla en las cartas dirigidas a Emilio Prados, tiene hoy más derecho que nadie a incluir en sus ediciones, como lo hizo entonces con mi libro "La amante", este "Cuaderno de Rute".

Rafael ALBERTI

Madrid, septiembre, 1977.

RAFAEL ALBERTI

CUADERNO DE RUTE

Sierra de Rute, 1925

Almería, 1926

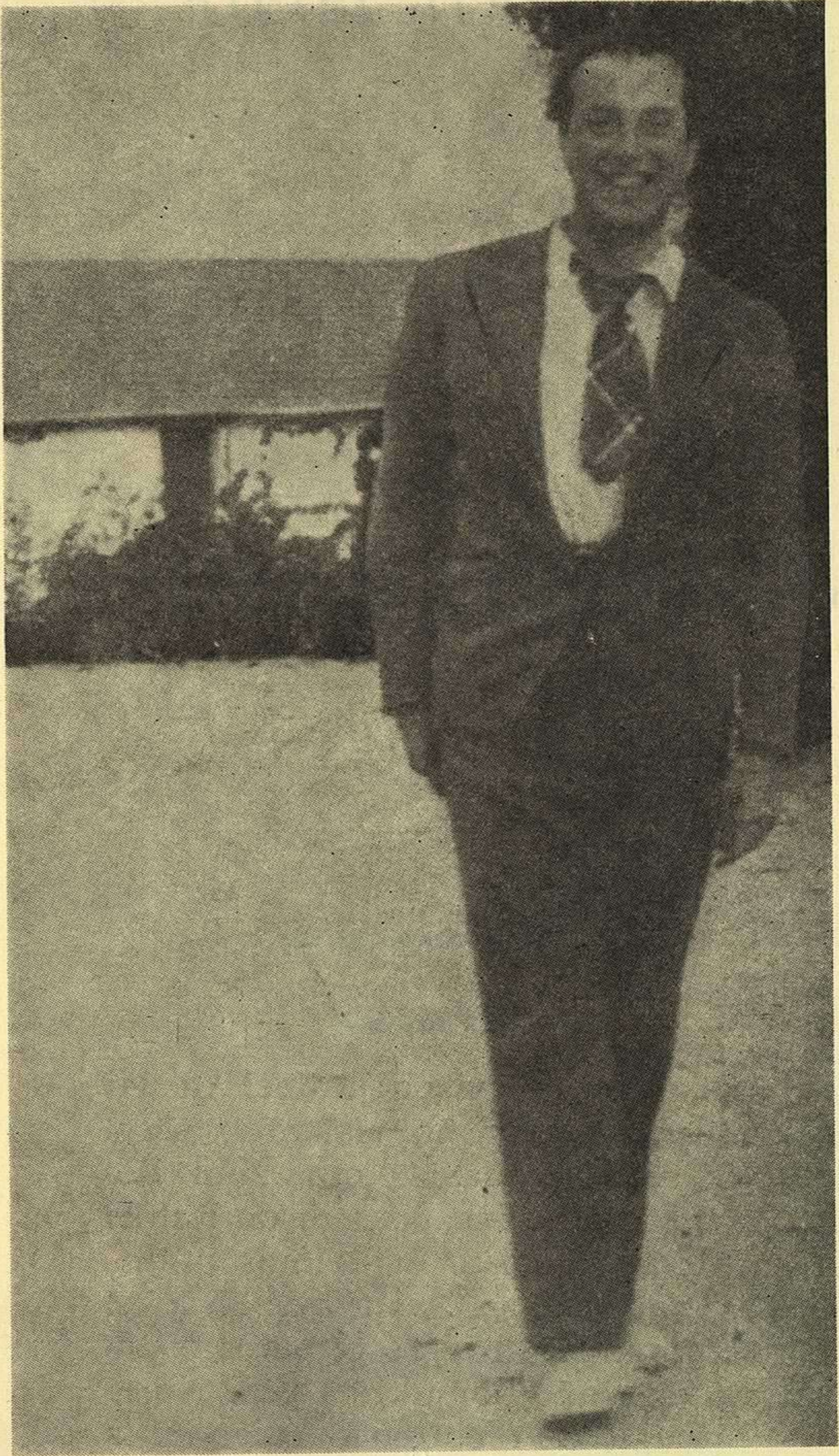
EDICIONES LITORAL

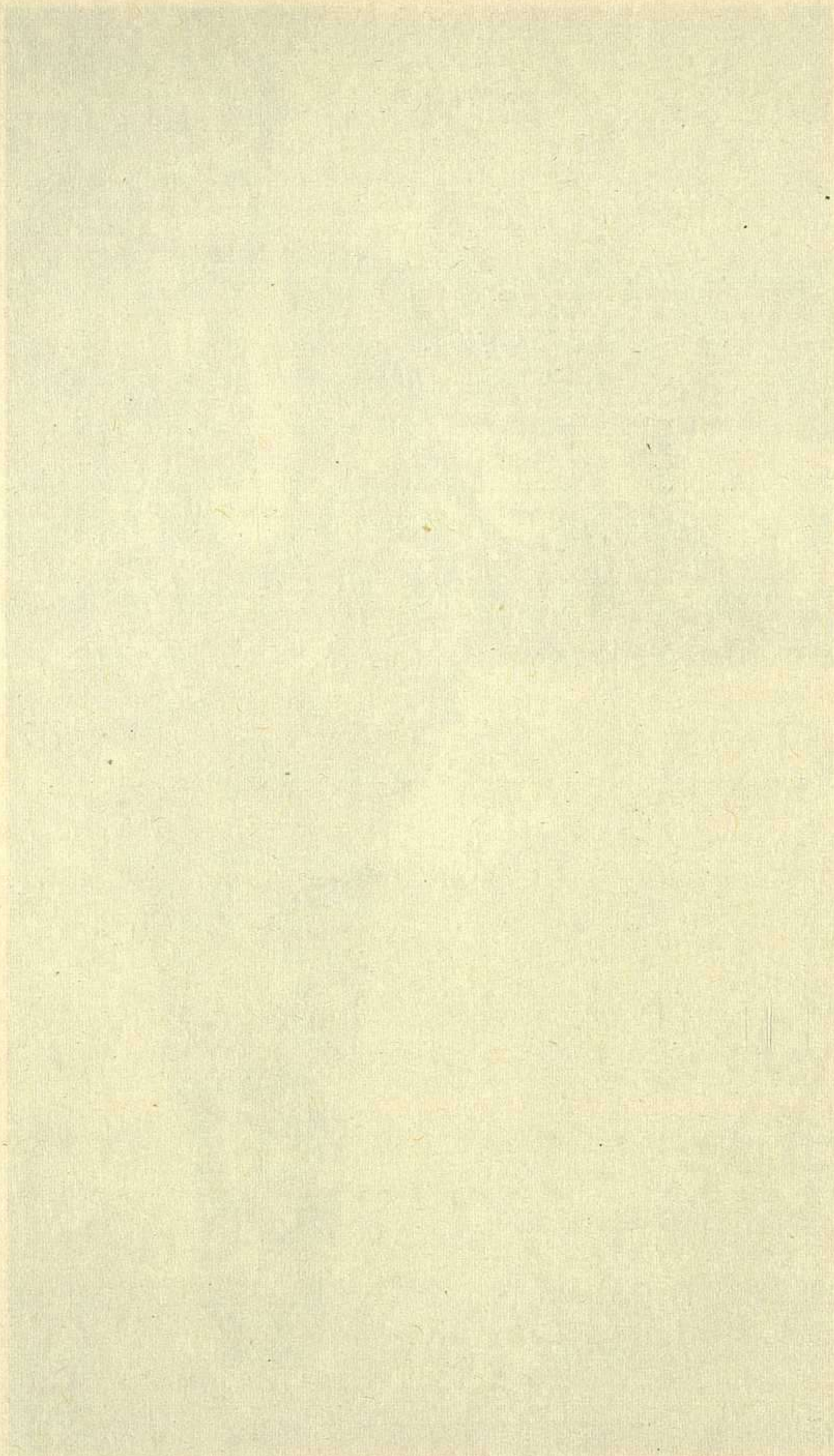
Málaga, 1977

Faint, illegible markings or text at the top of the page.

Faint, illegible markings or text in the middle of the page.

Faint, illegible markings or text in the lower right area of the page.





RAFAEL ALBERTI

CUADERNO DE RUTE

Sierra de Rute, 1925

Almería, 1926

EDICIONES LITORAL

Málaga, 1977

RAFAEL ALBERTI

CUADERNO DE RUTE

Storia de Rute 1925

Almería 1928

EDICIONES LITORAL

Málaga 1977

... me ha impresionado mucho Rute. Hay algo oscuro y fuerte por estas serranías.

RAFAEL ALBERTI

JOSE MARIA ANAJO

Nota explicativa

Este inédito "Cuaderno de Rute" que Rafael Alberti entrega a "Litoral" tiene un marcado carácter intimista. Sobre un cuaderno de notas, una letra descuidada va creando poesía en Dios sabe qué ratos perdidos de aquella juventud del poeta, desde un pueblo limpio y encalado, olivos y geranios al pie de la sierra cordobesa.

El cuaderno tiene una mayor amplitud que la que aquí recogemos —diferentes versiones de un mismo verso, Rafael ha eliminado los publicados en "La Húngara", "El alba del alhelí"...—, canciones en las que "El Alegre", que dijo José Bergamín, hacía estallar como un cohete toda una musicalidad, tan fácil y tan difícil.

Hemos creído que la publicación de las páginas en facsímil enriquece este número de "Litoral", porque es —lo repetimos de nuevo— ese su carácter intimista, esa juventud empezando, lo que da a las páginas poéticas que transcribimos una auténtica emoción.

JOSE MARIA AMADO

Casi de noche llegué a Rute, cargada el alma de olivares, sorprendido de la extraña visión de Lucena, una vieja ciudad amurallada por anchos tinajones de aceite; de Martos, con su peña tajante; del hiriente blancor de la cal derramada sobre pueblos surgidos como golpes de tiza contra las llanas tierras rojas o en las escarpaduras de los montes plomizos. ¡Triste y dramático viaje hasta la súbita aparición de Rute, levantado al fin ante mis ojos bajo la sangre oscura de un poniente ya muerto! (...)

Un alba fresca me sonrosó los ojos, despertándome. Ya no veía el Guadarrama ni el fino gris aéreo del paisaje urbano madrileño. Una delgada calle en cuesta, que por un lado iba a los campos y por otro a la sierra, era todo lo que podía ver ahora desde mi cuarto ruteño. Pero en el piso, por suerte, había una azoteílla. Desde ella, en cambio, se dominaba una parte del pueblo, blanco, empinado, presidido en su lugar más alto por el trágico Monte de las Cruces, y un ancho panorama de tierras amarillas carminosas, ordenadas de olivos y viñedos. Algo duro, casi siniestro respiraba todo el aire de Rute. Una de las paredes de mi cuarto, aquella en que apoyaba la cabeza para dormir, correspondía a una celda de la cárcel. Gritos y voces comenzaron a entrársenos en el sueño.

De *La arboleda perdida*. Págs. 176-177.

Nota explicativa

En el presente trabajo se ha tratado el tema de las
relaciones de la cultura vasca con el mundo
occidental en el siglo XVIII. Para ello se
ha estudiado el contexto histórico y social
de la época, así como el papel de los
escritores vascos en el desarrollo de la
literatura de la época.

Un aspecto importante de este estudio es
el análisis de la obra de los autores vascos
de la época, así como su influencia en el
mundo occidental. Se ha estudiado el
contexto histórico y social de la época,
así como el papel de los escritores vascos
en el desarrollo de la literatura de la
época. Se ha estudiado el contexto histórico
y social de la época, así como el papel
de los escritores vascos en el desarrollo
de la literatura de la época.

De la editorial... Págs. 178-179

COLECCIÓN ANIMA 2001

PARTE PRIMERA

COPLAS, CANCIONES, POEMAS, QUE
NO FUERON INCLUIDOS
EN EL LIBRO
“EL ALBA DEL ALHELI”

PARTE PRIMERA

7 GONIAS CANCIONES FORMAS QUE

NO FUERON INCLUIDOS

EN EL LIBRO

"EL ALBA DEL ALBA"



SEGUNDA TEMPORADA EN RUTE, DICIEMBRE DE 1925 ;
ENERO Y PARTE DE FEBRERO DE 1926

Me propuse, como única tarea de esta nueva temporada ruteña, dar fin al (libro) que iniciara en la anterior: *Cales negras*, cuyo definitivo título sería *El alba del alhelí*. Se acercaba Navidad. Para alegrar a mis sobrinillos, escribí una serie de canciones inspiradas en las figuritas del Nacimiento que yo mismo les levanté. (...) Nuevos pregones, estampas y coplillas fueron definiendo el libro, dándole ese perfil, ese dibujo que siempre, y casi sin querer, me exijo para todas mis cosas. Ya bien crecido, dividí aquella parte ruteña de *El alba del alhelí* en dos secciones: “El blanco alhelí” agrupaba los poemas ligeros, graciosos, juguetones, suaves...; y “El negro alhelí”, los más dramáticos y oscuros. (...) La tercera sección —“El verde alhelí”— se la dejaba al mar, que visitaría pronto.

De *La arboleda perdida*. Págs. 229-230.

El pausderillo

(Aparición)

- Pausderillo,
suasa la horuscia,
para el San Roque de la horuscia.
- Noche, viento, frío.
Y por el sendero,
un cau y un cuervo -.
- Pausderillo,
un pau eslerito,
para el San Roque de la horuscia.
- Viento y lluvia, frío.
Pau y mi lebel,
pausdero mío!

EL PANADERO

(Aparición)

PANADERILLO,
amasa la harina,
para el San Roque de la hornacina.

Noche, viento frío,
y por el sendero,
un can y un romero.

Panaderillo,
un pan calentito,
para el San Roque de la hornacina.

Viento, lluvia, frío.
¡Pan a mi lebel,
panadero mío!

TRES COPLILLAS NO INCLUIDAS EN LA SERIE
LLAMADA "LA HUNGARA"

1

¡Y a ti qué te importaría
vivir con un señorito
andaluz, Reina de Hungría!

¡Anda y no te de vergüenza,
decir que te gustaría!

2

Toma este clavel de grana,
y cerca ya de tu Hungría,
di, ¿qué te recordará?
— España.

Toma esta roja toquilla,
y, lejos ya de tu España,
di, ¿qué te recordará?
— Hungría.

3

Mi traje es muy feo. Toma.
Dame el traje de tu hermano.
Para vivir junto a ti,
quiero volverme gitano.

THESE A.I. WE SANTIAGO ON SANTIAGO DE CHILE
LLAMADA LA HUNGARA

¡ Los isps thous en la era,
lencidos el sol! ~~Septiembre~~ Amas de,
¡ ~~salvadora~~ la la vendas,
¡ ~~paradise~~!
repadora! ?

¡ Jardín de ^{my} ~~refes~~ lencidos!
~~Es para por los labores!~~
Rendevano, ¡ lillo doré,
el ^{lil} ~~lil~~ ^{aire} ~~aire~~ ^{mi} ~~mi~~ ^{tu} ~~tu~~ ^{evencia} ~~evencia~~!
~~los~~ ~~lil~~ ~~aire~~ ~~mi~~ ~~tu~~ ~~evencia~~!
~~lil~~ ~~aire~~ ~~mi~~ ~~tu~~ ~~evencia~~!

Me dije te voy (co. Tom
Dame el tipo de tu hermano
Para vivir junto a ti
quiero volverme tuyo

¡LA ropa blanca en la era,
tendida al sol! Rondadora,
saltando, la lavandera,
jardinera,
regadora.

¡Jardín de nieves tendidas!
Rondadores, silbadores,
al sol, por tus avenidas,
los aires patinadores.

¿ En qué lugares y de qué modo
de interés, mis mis palabras,
que estoy de ti ensimado,
ensimado del todo?

Si alguien se esconde de mí
habla del sur, que se va

¿EN qué lengua y de qué modo
decirte, mi mar salado,
que estoy de ti enamorado,
enamorado del todo?

* * *

Si alguien se cansa de oírme
hablar del mar, que se canse...

~~¡Sábado!~~

~~A la ma. con la banda,
por la noche de fiesta.~~

~~¡A la ma. con la banda
¡Sábado!~~

La ^{banda} ~~mañana~~ de mi desvelo
le está ya al aire ~~con~~ ^{la} banda,
por que ~~publiza~~ ^{publiza} los ~~en~~ ^{en}
los ~~de~~ ^{de} S. a Fernando.

¡Sábado!

LA banda de mis desvelos
le estoy yo al aire bordando,
para que prenda a los cielos
la isla de San Fernando.

¡Sí, sabedlo!

Al Amante Polo
oscuro

a Don Lopez



¡Príncipe de los príncipes,
protege a mi dulce amante!

~~Libro de los libros
de mi vida~~

¡Príncipe de los príncipes,
protege a mi dulce amante

Libro de los libros
de la vida
¡protege a mi dulce amante

EL AMANTE SOLO

Oraciones a San Rafael

¡PRINCIPE de los arcángeles,
proteje a mi dulce amante!

Líbrala de las cadenas
de los malos rondadores.
¡Proteje nuestros amores!

A Popín,
gru popín,
pe. ri no, me escribe el sin-
verpänzon,
escrié pronto, porer pin
el muy eston

(Pin. Pin. Pin.)

POEMILLA A PEPIN BELLO

A Pepín,
gran galopín.
Que si no me escribe el sin-
vergonzón,
sabré pronto poner fin
al muy cabrón.

(Pin, pin, pin.)

Cochinos, persianas, Colón...
Puedes cerrarse...

No puedo cerrarlos más.

- ¿Por qué no?

- ¡Porque no puedo!
que esas cortinas son
las que a mí me dejaron muertos.

¿A qué viene ese espíritu que
detrás de los cristales,
~~si tienes miedo?~~ ¡Bravo!
¿cómo puedes metidos?

- ¡Más cortinas! ¡que ^{me} muera
por ~~destruirlas~~ esas ~~las~~ cortinas!
¿que ~~matarte~~ no puedo!
¿que ~~muerte~~ no puedo!

PERSIANAS, celosías,
cortinas, puertas cerradas...
No quiero mirarlas más.
—¿Por qué no?
—¡Porque no quiero,
que esas cortinitas son
las que a mí me dejan muerto!

¿A qué viene ese espiarme
detrás de los terciopelos,
si estás ya comprometida?

—¡Un cuchillo, que me muero
por rasgar esas cortinas,
ya que mirarte no puedo!

~~Revisión~~

~~2/22/11~~

~~Wagner Wagner Wagner Wagner~~

Comienzo del cielo, ~~¿no?~~ =
~~una~~ = / es modo, mundo

~~Donde se habrá el cielo
frente a la casa de...~~

Quieren se des unira
~~que...~~ = el
frente a la - casa de mis... = !

R... de un... don unida
frente a la casa de y el.
Cielos es un... del cielo,
se unido en su prometedora

Este es un... de es un...
~~de...~~ la... velando.
un... , 70 - el - , un...
frente de...

POEMA INCONCLUSO

CAMINO del cielo, yo,
luna, ayer noche, soñando.

¡Quién se durmiera, clavel,
junto a ti —rosa de mayo—!

Rosa de mayo, dormida
entre sábanas de yelo.
Clavel camino del cielo,
soñando en su prometida.

Cuatro arcángeles de espumas
rosa, tu sueño velando.
Mientras yo —clavel—, volando,
pétalos de rojas plumas.

¡Adiós, rosa dormidora...

¡ Cierra los ojos, los ojos! -
¡ Muere los hombros, los brazos!
Y como un niño de lampero
salta la voz de tu pedro.

¡ Muere los pies, un vida!
¡ Cierra los brazos, fue miere!
Tu voz, como una entera,
de me entera por el cuerpo

¡ Muere, fue te lleva el aire!
¡ Dado, fue te lleva el viento,
bacia la sombra pasadas,
de la pena, fue el cuerpo!

- ¡ Pierde del cuerpo, pierda,
punto carburo,
punto negro esbando
7, los, desenterrado
los ojos que yo así pierdo!

¡ Cierra los pies, un vida!
¡ Paso, fue los, ese cuerpo!
¡ Quédate muerto a un lado,
fue esto, yo del todo muerto!

¡CIERRAS los ojos, los abro!
¡Mueves los hombros, los muevo!
Y como un caño de sangre
salta la voz de tu pecho.

¡Mueve las piernas, mi vida!
¡Cierra los brazos, que muero!
Tu voz, como una culebra,
se me enrosca por el cuerpo.

¡Muerte, que te lleva el aire!
¡Vida, que te lleva el viento,
hacia la cumbre guardada,
de la pena, por el cuervo!

—*¡Pico del cuervo gritando,
piquito carabinero,
piquito negro, escarbando,
y, loco, desenterrando,
los ojos que yo más quiero!*

¡Cierra las piernas, mi vida!
¡Para, por Dios, ese cuerpo!
¡Quédate muerta a mi lado,
que estoy ya del todo muerto!

El Rey Max. V. ~~Stallhoff~~
a la niña ~~Superavita~~,
Tene ~~entra~~, ~~buena~~ ~~para~~ ~~esta~~ ~~locu~~ ~~rita~~
para ~~que~~ ~~aprenda~~ ~~a~~ ~~su~~ ~~lar~~.
En ~~vez~~ ~~de~~ ~~esta~~ ~~modo~~ ~~de~~
de ~~sup~~ ~~pl~~ ~~us~~ ~~a~~ ~~los~~ ~~us~~ ~~us~~ ~~us~~.
Es ~~un~~ ~~de~~ ~~los~~ ~~us~~ ~~us~~ ~~us~~ ~~us~~.
que ~~un~~ ~~de~~ ~~los~~ ~~us~~ ~~us~~ ~~us~~ ~~us~~,
los ~~tres~~ ~~a~~ ~~los~~ ~~J~~ ~~ous~~ ~~dit~~ ~~s~~.

En la casa del ~~fr~~ ~~us~~ ~~dit~~ ~~s~~,
el ~~sumo~~ ~~de~~ ~~lo~~ ~~com~~ ~~pu~~ ~~is~~,
y a ~~B~~ ~~at~~ ~~ta~~ ~~se~~ ~~lo~~ ~~di~~ ~~o~~
para ~~fu~~ ~~era~~ ~~en~~ ~~tre~~ ~~pu~~ ~~is~~

ALELUYAS

EL rey Mago Baltasar,
a la niña Esperancita,
tan rubia, buena y bonita,
le manda esta cocinita.

En la calle de Granada,
el ama se la compró,
y a Baltasar se la dio
para que fuera entregada.

Y Baltasar el abuelo,
al punto se la entregó,
y en su caballo voló
a los jardines del cielo.

(Y en pago de estos versitos,
le suplica a las hermanas
de la niña Esperancita,
Carmen, Encarna y Anita,
que no dejen de ir mañana,
las tres, a la Jornadita.)

A Sombra ~~fuera~~ / ~~quien~~ ~~quiere~~,
dulce, siempre,
~~siempre~~ / ~~quiere~~,
siempre ~~siempre~~ ~~siempre~~:
despididos:
despididos.

Virgen del Esmeralda,
cabezas de oro,
hay que me quisiera
la combrar por adoro.

Virgen del Esmeralda,
espaldas de platis,
que me me quisiera
la combrar por quisiera.

LA SOMBRA FRÍA

SOMBRA fría,
por la calle,
hacia el convento del Carmen.

Sombra fría, quién pudiera,
dulce, siempre, acompañarte,
si no te desvanecieras.

Virgen del Carmen,
corona de oro,
haz que me quiera
la sombra que adoro.

Virgen del Carmen,
espada de plata,
que no me hiera
la sombra fría que mata.

Al 7 del

Al amago
vença solo.

Por no tener con pueru,
¡ fue solo!

El afus del amago
v solo.

Por no tener con pueru,
¡ fue solo!

Del amago
mello solo.

Por no tener con pueru,
¡ fue solo!

AL Y DEL

AL arroyo
vengo solo.

Por no tener con quién,
¡qué solo!

El agua del arroyo
va sola.

¡Por no tener con quién,
¡qué sola!

Del arroyo
vuelvo solo

Por no tener con quién,
¡qué solo!

Mato-y-bueno,
va embutida

Por el día, ¡hí! ¡que buena!
Y por la noche, ¡que mala!
Las sombras te vuelven mala
El sol te torna bueno
Mato-y-bueno.

Las sombras te vuelven mala,
El sol te torna bueno.
Bueno-y-mala.

Los viejos hombres le dicen:
¡que mala!
¡quien le ~~trabaja~~ los tiempos,
por malos tiempos!
¡quien le ve de la ~~fortuna~~,
por malos tiempos!

(Las sombras de las espumas
no están la que se heñen)

MALA - Y - BUENA, LA ENLUTADA

POR el día, tú, ¡qué buena!
Y por la noche, ¡qué mala!
Mala - y - buena.

Las sombras te vuelven mala,
y el alba te torna buena.
Buena - y - mala.

Los mismos hombres lo dicen:
¡Qué mala!
¡Quién le talara la lengua,
por mala lengua!
¡Quién la vida le cortara,
por vida mala!

(Los hombres de las esquinas,
no saben lo que se hablan.)

Al alba, cantan las niñas:
¡Qué buena!

Ya va a misa la enlutada:
Breviario de marfil
lleva, y de nácar.
Rosario de oro
con cruz de plata.

(Las niñas del alba, rosas,
no saben, no, lo que cantan.)

Mala - y - buena,
buena - y - mala.

A Fuente, el vector Tiempo

- Caratels de tiempo y banderola
negra, tu. escapel negro de la espuma,
venera, perdidos en los plenos a plenos
y callos de los usos de los a los

A EMILIO PRADOS, AL RECIBIR "TIEMPO".

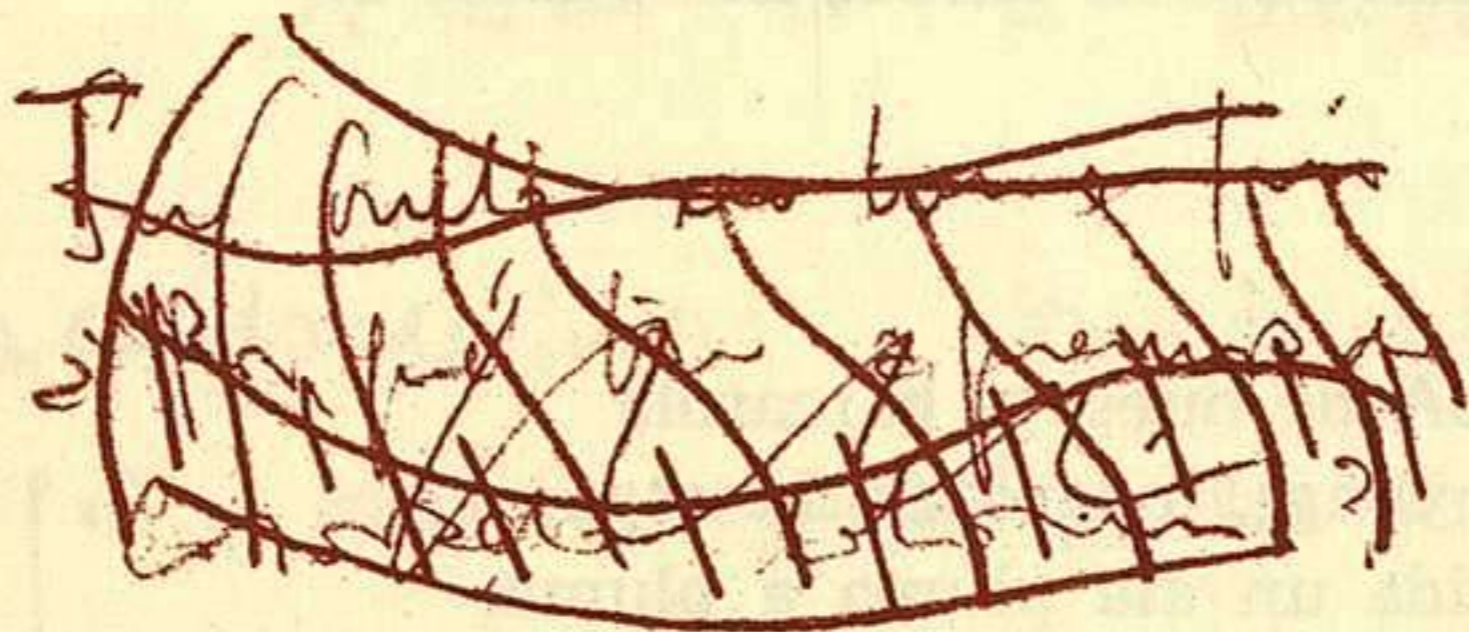
CARABELA de hueso y barcarola
negra, tú, arcángel negro de la espuma,
vienes, perdida un ala pluma a pluma
y saltando los mares ola a ola (1).

(1) Primera estrofa de un soneto inconcluso.

El Estornido

El estornido
es del jorón el tejado,
estornido y estornido.

Es del tejado el jorón,
estornido y estornido.



En un ^{señalado} ~~estornido~~
sobre ^{persiguen} ~~estornido~~ este fin:

Es del tejado el jorón,
estornido y estornido.

Es del jorón el tejado,
estornido y estornido.

EL COLORIN COLORADO

EL colorín colorado
va del jardín al terrado,
colorado y colorín.

Va del terrado al jardín,
colorín y colorado.

Y en su vuelo acelerado
sólo persigue este fin:

Ir del terrado al jardín,
colorín y colorado.

Ir del jardín al terrado,
colorado y colorín.

— Promesa

A San Telmo bendido,
velas de cera,

~~de velas de cera~~

Y Ah! el vapor del Coramen,
que viene

en las velas:

~~de velas de cera~~

por el viento en su fuerza
que viene

PROMESA

A San Telmo bendito,
velas de cera,
porque arribe en su galera.

Y a la Virgen del Carmen,
mi cabellera,
porque arribe en su galera.

¡Pasa adentro, unal adentro,
que fueren menos mi plato
de espas pasados del centro
de los universos... ¡Vist o dentro!

¡Pasa y viento:
que nuncio y para quince!

MAR adentro, mar adentro,
que quiero llenar mi plato
de agua salada del centro
de los mares... ¡Mar adentro!

¡Mar y viento:
mi único y puro intento!

- uns estrells.



Deixis del cielo a la mar,
entre de la mar al cel.

Qui puels,
i puén la despenis?

- El vent.

El estete i bell

Sube de la terra al cel,
vapor del vent a la terra.

Qui puels
i puén de la terra?

EL COHETE Y LA ESTRELLA

SUBE de la tierra al cielo,
baja del cielo a la tierra.

Su melena,
¿quién la peina?
—Una estrella.

Baja del cielo a la mar,
sube de la mar al cielo.

Su melena,
¿quién la despeina?
—El viento.

ELEGIA

¿COMO estudiar Geometría,
si en tu azotea, mirando
las barcas que van entrando,
me esperas tú, novia mía?

—Inspector, ¡la Primavera!
¡Déjame salir afuera!

Acodado en los pretilos,
veré contigo arribar
y, verde, desembarcar
al dueño de los abriles.

—¡Inspector, la Primavera!
¡Déjame salir afuera!

—No, que no, que no, que no,
—¡Y quieren que estudie yo!

Almería, 1926

(A estas criticas)

A la iglesia no, ~~que~~
que muere.

- ¿Y si la Virgen pregunta
por mí?

- Le diré que muere.

¡Toda a unida en la mar!

- Hg. ~~Virgen~~, ~~que~~
que muere.

— (Moe)
De la cielo a la mar,
la Virgen del Mar.

Del mar a la tierra,
la Virgen del Mar.

LA MALA CRISTIANA

A la iglesia, no,
que llueve.

—¿Y si la Virgen pregunta
por mí?

—Le diré que llueve.

¡Tocan a misa en la mar!

—Hoy, barquero, no,
que llueve.

* * *

Del cielo a la mar,
la Virgen del Mar.
Del mar a su altar,
la Virgen del Mar.

Y tú, marinera,
de la tierra al barco,
del barco a la tierra.

Y tú, uncinera,
de la tierra el agua...
del cielo a la tierra.

2^o Bona tu, uncinera (un. C.)
corre tu casa.

Después, porque uncinera
San Torquino y Santa Ana
de un a ~~de un~~ tu casa.

Alto de un,
unus-de plato.

El alto, uncinera.

2^o - No, no, no.
el alto, no.
- ¿? el mediano, di?
- Sí, sí, sí,
el mediano = sí.

Barre tú, mala cristiana,
barre tu casa.

Deprisa, porque mañana,
San Joaquín y Santa Ana
van a dormir en tu casa.

Alcoba de oro,
cama de plata.

* * *

Al alba, buen amor.

No, no, no,
al alba, no.

—¿Y al mediodía, di?

—Sí, sí, sí,
al mediodía, sí.

COMULGAR, clavel de España
y andaluz, todos los días;
dormir, ya negra la noche,
cantando las letanías.

Descalzo entrar en la iglesia,
y, en cruz, muertas las rodillas,
besando el frío y el polvo
del suelo, escuchar la misa.

Ayunar en la Cuaresma,
y en los Viernes de vigilia.
Carne y pescado del mar,
nunca en la misma comida.

Sacarle a Cristo los clavos
y la corona de espinas.
Con lágrimas verdaderas,
coserle, amor, las heridas.

Acompañar a la Virgen
del Dolor, en su agonía.
Clavarle en las siete espadas
del pecho, siete alegrías.

LAS casetas de la playa,
de azul y blanco, María.

Celeste, tu bañador.
¡Desnúdate al cielo, amor!

El aire no lo quería.

SOY la reina de los mares,
ustedes lo van a ver,
tiro mi pañuelo a tierra
y lo vuelvo a recoger (1).

(1) Estrofilla de un juego popular gaditano.

SUEÑO

EN San Roque, llorando,
un niño castigado.

—Madre,
déjame bajar al campo.
Una cabrita me espera
en un aprisco olvidado.
Se me morirá de sed
si no bebe entre mis manos.

En San Roque, llorando,
hay un niño enlutado.

—Madre,
déjame bajar al campo.
Un arroyo de sangre,
tiñe de rojo el pasto.
Su cuerpecillo leve
apacienta al ganado.

—Madre,
déjame enterrarlo.

ALMERIA, MARZO DE 1926

Un feo barquichuelo, de aún más feo nombre —*Enriqueta R*—, me llevó a Almería. (...) Almería me gustó. Era como una avanzada de Africa. Cuando de noche soplaba “el terral”, un viento ardiente del desierto, amanecían los zaguanes inundados de arena. El sol de primavera calentaba como si fuese de verano. Un mar tibio y azul me permitía bañar casi todos los días. En la playa o entre las palmeras del parque, comencé las canciones destinadas a la última parte de *El alba del alhelí*. Una linda muchacha filipina era mi amiga. (...) Con ella recorría las azoteas, escuchando, como en el Puerto, las conversaciones de las cocinas por la ancha boca de las chimeneas. ¡Qué hermoso era, luego de anochecido, permanecer juntos por aquellos terrados, viendo encenderse las luces de los barcos, dibujarse en el cielo las constelaciones! Y sucedió lo que tenía que suceder: nos enamoramos. Y mi hermana entonces, muy lista, me insinuó, amablemente la conveniencia de regresar a casa. Lo hice, pero llevándome un montón de canciones y uno de los recuerdos más dichosos de mi juventud.

De *La arboleda perdida*. Pág. 233

¿QUE he vivir tierra adentro,
que he de morir en la tierra;
que este vagar junto al mar
tan sólo es por un momento?

¡Vuelve la cabeza!

(No.

Muda, de espaldas,
sola, en una azotea.)

ALMERIA, MARZO DE 1904

SE levantan las palmeras
y se desperezan los plátanos.
Mi galería da al mar
y mi corazón a tu barco.
Se estira en el mar la ola
y tú te estiras en tu cuarto.
Mas...
de pronto, una estrella grana
se para en tu pecho verde
y...
gira en el mar la mañana.





PARTE SEGUNDA

SEIS NARRACIONES BREVES INSPIRADAS EN
PERSONAJES REALES QUE VIVIAN POR
AQUELLOS AÑOS EN IZNAJAR, RUTE
Y ALMERIA

PARTE SEGUNDA

SEIS NARRACIONES BREVES ESPARIDAS EN
PERSONAJES REALES QUE VIVIAN POR
AQUELLOS AÑOS EN ZAMARRILLO
Y ALMERIA

Me tocaba, me sacudía la atmósfera de Rute, aquel dramático pueblo andaluz al pie del monte de Las Cruces, pueblo, como tantos otros escondidos de aquellas serranías, saturado de terror religioso, entrecruzado de viejas supersticiones populares, soliviantado aún más por una represión de todos los sentidos, que a veces llegaba a reventar en los crímenes más inusitados y turbios; pueblo rico, abundante de suicidas y borrachos, de gentes locas que después de invocar a los espíritus vagaban a caza de tesoros por los montes nocturnos, terminándose casi siempre estas expediciones diabólicas a palo limpio, tiros o navajazos. Creí, por fin, luego de eliminar algunos otros, haber hallado el título (de mi libro): *Cales negras*, pretendiendo condensar así todo lo oscuro, trágico y misterioso que se escondía bajo la cal ardiente de Rute.

De *La arboleda perdida*. Pág. 184.

Rafael el de la Lázara

—¡Qué frío! Póngase usted de pie antes del alba; deje la cama —¿La cama? ¡El suelo!— calentita del pajar; empuñe usted el palillo y salga a los olivares helados a derribar la aceituna. ¡Qué vida!

Esto se va diciendo, apartado de los demás muchachos, Rafael el de la Lázara, por la vereda angosta que sube hacia los olivares.

(—Antoñuelo: ¡qué tema para una copla de esas que tú, de pronto, te sacas de las sienes. ¿No ves tú ya, cerrando los ojos, cinco hileras de versos, como cinco llorosas veredillas? Por la primera, amigo, baja tiritando, el alba; por la segunda, sube, nostálgica, la pena de Rafael, que es muy grande, porque tiene sueño y quisiera quedarse allí, calentito, entre las pajas del pajar; por la tercera, camina, pensativo, el mismo Rafael, lejos de sus compañeros; por la cuarta, vienen, en tropel, con los brazos abiertos y escarchadas las frentes, los olivos; por la quinta... ¿Qué vuela por la quinta, Antoñuelo? El aire frío de la serranía, curvo, como un alfanje. ¡Qué copla para ti, amigo! Pero tú, a estas horas, ¡qué lejos, en tu huerta del Geinl, roncando, sin pensar en nada! ¡Dormilón!)

Rafael el de la Lázara llega, por fin, semisoñoliento aún, a la cumbre del olivar. Se mete por lo más espeso. Ya solo, se encarama, de un brinco, en un trágico olivo de brazos suplicantes y lo varea, ciego, con furia. Llueven, zumbando, las aceitunas; vuelan, goteando escarcha, las hojas; se cimbrean, triste, todo el árbol y caen partidas a tierra sus más hermosas ramas. Y Rafael desciende, radiante, y se tiende en la yerba, apoyando la nuca contra el tronco. Se vengó. Ya no piensa en nada. Ni ve, ni oye, ni entiende.

Ha destrozado un olivo. Sabe muy bien que le echarán y que se quedará sin trabajo. Pero no le importa. El tiene a donde ir. Allá por Gibraltar y Algeciras los contrabandistas ganan más cuartos que los aceituneros. ¡Y son más libres! ¡Y andan por las riberas del mar, que él nunca ha visto!

(—Antoñuelo, ¡qué *soleares* más hermosas, para que tú las cantaras, hijo, en las fiestas de las granjas! ¡Cómo te envidiarían los demás poetas del contorno! Pero tú eres un dormilón, que te levantas a las ocho, cuando ya tu amigo Rafael, lejos de ti, lleva más de tres horas de escarchas y fatiga.)

De pronto, una lejana algarabía le escarabajea los oídos al de la Lázara, sacándole de su éxtasis, haciéndole caer los ojos hacia abajo. Por allá, por lo hondo, por la carretera de Loja, van cantando, diminutos, otros aceituneros. ¡Por la carretera de Loja! ¡Loja! Rafael el de la Lázara se pone triste, triste; de repente, se le levanta toda el alma hacia su pueblo. ¡Allí está su *novia*! Es decir, la que él quisiera por novia: una señorita. Jamás se atrevió a enamorarla. Ella nunca le dirá que sí; pero él, a pesar de esto, la llamará siempre *su novia*. Y a su recuerdo, se arrepiente, de pronto, de haber asesinado al olivo y, temblando de ternura, comienza a acariciar los despojos del árbol. Entonces siente, Rafael, como si el nudo que le ata la garganta se le corriera a los ojos, le golpeará la frente, y luego le bajara, de prisa, al corazón, ahorcándose. Y de allá, del pozo del pecho, le sube algo así como deseos de cantar una copla triste que dijera lo muy cansado que él está de todo y que por eso, sólo por eso, asesinó al olivo, pero que él no quiere mal a los árboles; y que también dijera, sabe Dios cómo, lo enamorado que está de una señorita de Loja y que él es un pobre aceitunero y que por eso ella nunca le podrá querer.

Pero Rafael el de la Lázara no es como su amigo Antoñuelo-canta-recio, que a montones se saca las coplas de la cabeza. El nunca ha sabido inventar nada. Se ha pasado quince inviernos vareando los olivos, y el resto de esos años, de cazador, con una mala escopeta, por la serranía. Jamás se le ocurrió cantar coplas y menos inventarlas. Y piensa, no sabe si con envidia, en su amigo Antoñuelo; ¡Si él estuviera aquí y yo le contara mi pena, que cosas inventaría! Pero Antoñuelo, a estas horas aún estará roncando, abrigadito, en su huerta del Genil, ajeno a todo. ¡Qué desahogo para él si en una copla pudiera contar cuanto le pasa en este momento! Se quedaría tranquilo. ¡Qué hacer para matar este desasosiego?

Y a Rafael el de la Lázara se le presenta, de pronto, balanceado por el aire y con la cara negra, el aceitunero de Iznájar.

¡Qué crujido siniestro el del olivo!

Sí, le van a echar, se quedará sin trabajo. ¡Y Gibraltar y Algeciras están tan lejos! Su *novia* nunca le dirá que sí. ¡Y el está muy hartito de todo!

Rafael el de la Lázara se levanta de un brinco, desenrosca de su cintura la faja de seda grana, y cogiéndola de una punta, arrastrándola, se encamina, seguido como por una sierpe de sangre, al último olivo de la cumbre. Le prende un extremo con fuerza al brazo más saliente del árbol. Hace un nudo corredizo. Y se deja pender sobre un abismo hondo, comido allá en lo más profundo por un río de pitas y chumberas.

(Antoñuelo: el cuerpo de tu amigo colgando de una rama; el viento curvo de la serranía clavándole su alfanje; y allá, del corazón del precipicio, el grito de los quebrantahuesos, que miran, tristes, hacia arriba!)

(¡Qué *soleares* más hermosas te has perdido!).

CARABINA

I

Yo, sentado en la tabernilla de Julián el Quemado, que está en el barrio bajo, junto al paseo de los señores, aguardando, impaciente, la llegada de Carabina, mi amigo. Carabina, además de leñador y sillero, es el borrachín más grande de toda la provincia. Los pocos dineros que gana, se los tira en aguardiente. Como toda la vida anda bebido, ya no le quieren en las casas, ni para sillero, ni para leñador, porque, además de escupir y hacer otras fechorías por los patios y corredores, persigue a las criadas, requiebra a la cocinera y, luego, le roba patatas, cebollas, azúcar, todo lo que puede.

Su mujer, ya harta, aburrída, no quiere recibirle, cuando a las tantas de la madrugada llega, solo y triste, dando golpazos en la puerta:

*¡Abre pronto a tu marido,
que el pobre viene arrecido!*

—¡A dormir con los perros, sinvergonzón!
Entonces Carabina vuelve a llamar, más susurrante:

*¡Si tú no quieres abrirme,
estoy dispuesto a morirme!*

Al fin, comprendiendo que su mujer no quiere abrirle, se sienta, tiritando y lloroso, en el escabel de la puerta, e improvisa otras aleluyas, porque el sólo sabe expresarse de este modo:

*¡Cásese, usted, don Vicente,
y duerma usted al relente!*

*¡Carabina desgraciado,
tu mujer te ha abandonado!*

Y entre lloros, hipos, escupitajos y versos, se va quedando dormido, hasta que le coge el alba, hora de que Carabina vaya al campo por una carguita de leña.

Esto de dormir al relente suele pasarle a Carabina casi todas las noches. Pero, en el fondo, yo se que no le importa mucho; no es su mayor desgracia. Hay en su vida otra mucho más profunda, mucho más grande, que le hace llorar a lágrima viva, sentirse tierno o colérico con todo el mundo, y hasta a hablar en prosa, lo más deleznable de la tierra, según él.

II

LA DESGRACIA MAYOR DE CARABINA

Un viernes por la noche, llegó Carabina a la taberna de "Andrés el Hinchado". Iba, cosa rara, muy limpio y en sus cabales; hacía tres días que no probaba el aguardiente.

—Vengo de trabajar para unos señores del barrio bajo: unas sillitas de anea para los niños. Mañana, sábado, me las pagarán. Fíame unas copas.

—No —le dijo Andrés—. Que luego te emborrachas, te tiras los dineros, y, al fin, no podrás pagármelas.

Carabina se puso colorado y apretó los puños.

—¿Con que no me las fías, verdad?

—No puede ser.

—Bueno, hombre, ¡parece mentira!

Y salió, muy triste, de la taberna.

Al día siguiente, después de entregadas las sillitas, se bebió todos los cuartos, cogió la borrachera más grande de su vida.

Por la tarde, muy serio, dando tumbos, se fue hacia la taberna del Hinchado. Sin saludar, grave y triste, pidió una copita de aguardiente.

—¿Traes perras? —le preguntó Andrés.

—No, me las bebí ya todas.

—¡Pues puedes largarte!

Carabina, pensativo, levantó la cabeza, llevóse una mano al bolsillo del pantalón, y, después de buscar mucho, puso cinco céntimos sobre la mesa. Luego, con los ojos grandes y brillantes, sacudiendo un brazo, dijo:

*Yo soy un hombre excelente,
que se puede comprobar...
Aunque no le quieran fiar
ni una copa de aguardiente.*

Y hecho un mar de lágrimas, salió, dando tumbos, a la calle. Desde entonces, no ha vuelto por la taberna del Andrés...

Diálogo en la taberna de Julián el Quemado

- Yo.— Por ahí viene Carabina.
- EL QUEMADO.—Y más borracho que nunca.
- CARABINA.— ¡Señores, muy buenos días
a toda la compañía!
- Yo.— Carabina, buenos días.
- CARABINA.—(*Restregándose las manos, se sienta y, en voz baja*):
Yo soy un hombre excelente,
que se puede comprobar...
- EL QUEMADO.—(*De mal humor*).
Tú lo que eres es un *asaúra*.
- (*Sin importarle el piropo, Carabina, mirándome muy despacio*):
¡Olé ya los señoritos
buenos mozos y bonitos!
- Yo.— Ya no te acuerdas de mí.
y, en cambio, yo de ti, sí.
- CARABINA.— Tú eres un hombre excelente
que se puede comprobar.
- EL QUEMADO.—(*Dejando en la mesa una botella de aguardiente
y unas copas*).
¡Y dale!

CARABINA.—(*Al Quemado y a punto de llorar*):

Todos los hombres de ciencia
no tienen correspondencia,
y se puede comprobar...

Yo.—(*Ofreciéndole a Carabina una copa*):

Carabina, hombre divino,
toma esta copa de vino.

EL QUEMADO.—(*Siempre de mal humor*):

De aguardiente, querrás decir.

Yo.—

¡Levanto por Carabina,
esta copa cristalina!

CARABINA.—

¡Viva la reina de España,
que es una reina excelente!

(*Tambaleándose y limpiándose los lagrimones con la manga de la chaqueta*).

...aunque no le quieran fiar
una copa de aguardiente.

(*Carabina, emocionado, con torpeza se pone de pie y, del bolsillo del pantalón, saca, después de muchos trabajos, una bolsita de papel de seda. Me la ofrece, muy contento*):

Porque te lo has merecido,
Carabina quiere hacerte
un humilde regalito.

(*La tomo. Abro el papel, y me encuentro con dos caramelos de menta. Muy agradecido y alzando mi copa a las alturas*):

¡Levanto por Carabina
esta copa cristalina!

(*Carabina, que aún continúa de pie, me tiende la mano por encima de la mesa, pero volcando, antes, la botella y haciendo añicos una copa*):

Viva la reina de España,
que es una reina excelente.

(*Tambaleándose y limpiándose los lagrimones en la manga de la chaqueta*):

Aunque no le quieran fiar
una copa de aguardiente.

EL QUEMADO.—(*La cara verde, y con un trozo de vidrio entre los dedos*):

¡Asaúras!

Budia

Que llueva, nieve o ventee, sale Budia todas las noches a vender sus hojaldres.

—Budia; ¡qué triste tu pregón a estas horas, por las calles sin luces del pueblo! Todo el mundo, abrigadito en su cama y tú, para ganar cuatro cuartos, con tu pequeña carga de hojaldres calentitos, helado, dando diente con diente, del barrio bajo al barrio alto, como un alma en pena.

Budia, eres un tonto; que antes de serlo, ya se que se enamoró de ti la confitera, y tú —¡tontísimo!, no le hiciste caso.

Y ahora, ya ves, la confitera durmiendo, perdida bajo las gruesas mantas alpujarreñas. Y tú, Budia, por tonto, como un putas, de pregonero, muerto de frío, por las calles heladas.

La enlutada

Enterradita viva, entre cuatro paredes, sin ver la luz del sol, ya va para cinco años.

—Muchacha, ¿qué haces ahí tan sola, coronada de cuchillos y cristales, ausente de todo y casi a oscuras, en ese triste comedorcillo de la casa?

Dan tus balcones a la calle; al fondo de tu calle está, lleno de palmerillas, acacias y flores, el paseo del pueblo.

—Muchacha, ¿no ves cómo tus amigas, cogidas del brazo, custodiadas por sus novios, se pasean alegres?

Deja, deja ya esas ojeras, esa carita blanca de difunta y ese lento pasar del rosario; apaga ya tú la lamparilla roja de ese Cristo y acuérdate, si es que te está vedado salir con tus amigas, que tienes una azotea abierta hacia todos los caminos del campo, y un jardín con naranjos y limoneros luneros.

—Muchacha, ¿no me oyes? Mírate en el espejo verde de la alberca. ¡Que estás amortajada, y tienes veinte años!

Iznájar parecía desierto. De cuando en cuando, alguien que al pasar me miraba como si fuese un bicho raro. ¿Dónde estarán metidos los espiritistas?, me preguntaba yo subiendo solo hacia el castillo. ¡Cuánta angustiosa soledad la de los pueblos de esta serranía! (...). Llegué al castillo abandonado. Nadie. Subí a la torre por una escalera carcomida. Todos los ajimeces, salvo los cuatro últimos, estaban cegados. Bajo ellos, se derramaba el paisaje de un romance de Federico. Sí, era la muerte la que me miraba desde las cumbres y los valles lejanos.

De *La arboleda perdida*. Pág. 190

En lo alto de un cerro, el castillo almenado y la iglesia y el cementerio. Chorro de chumberas. San Rafael: presidencia. La torre del cautivo (sacristanes).

El pueblo de los espiritistas y de los ahorcados.

Los dos hermanos: historia del olivo. Una mañana, el menor, colgado de una rama del árbol.

Ventana de la autopsia. Mesa de los cadáveres.

El pregonero del gallo.

Viaje: las granjas del Genil, río revuelto. Retamas. Puentes.

Ginesillo el marinero

—Ginesillo, luna marera; deja los remos y... a mi casa de prisa a saltar los terrados. Una larga avenida de palmeras inmóviles; el puente, sobre un río de arena, de la puebla; dos mudas callecitas sin faroles y, al volver de una esquina, mi casa, con su jardincillo custodiado por un eucalipto y una araucaria, altos los dos, hermanos de la misma estatura.

—Me marean las escaleras de caracol. La mar, nunca. ¡Parece mentira!

—Y sí, parece mentira, Ginés; seis años ya en la mar...

—Seis años ya en la mar, desde los once, y sin marearme. Pero estas escaleras... ¡Vamos, que no puedo!

—¡Arriba, Ginesillo; seis escalones más, y la puerta del cielo será abierta por nosotros.

* * *

—Un muerto, Ginesillo, un marinero muerto. Quítate ese epitafio de la frente. Destocada a la luna, la cabeza, delgado, pálido y con los ojos caídos, Ginesillo parece un sonámbulo que subiera del fondo de los mares.

Sobre un pretil, su gorra azul, descansa, rutilando el bordado de estas letras: CAPITANIA.

—Ahora, ¡a saltar los terrados, pero de puntillas, Ginés, para que no nos oigan!

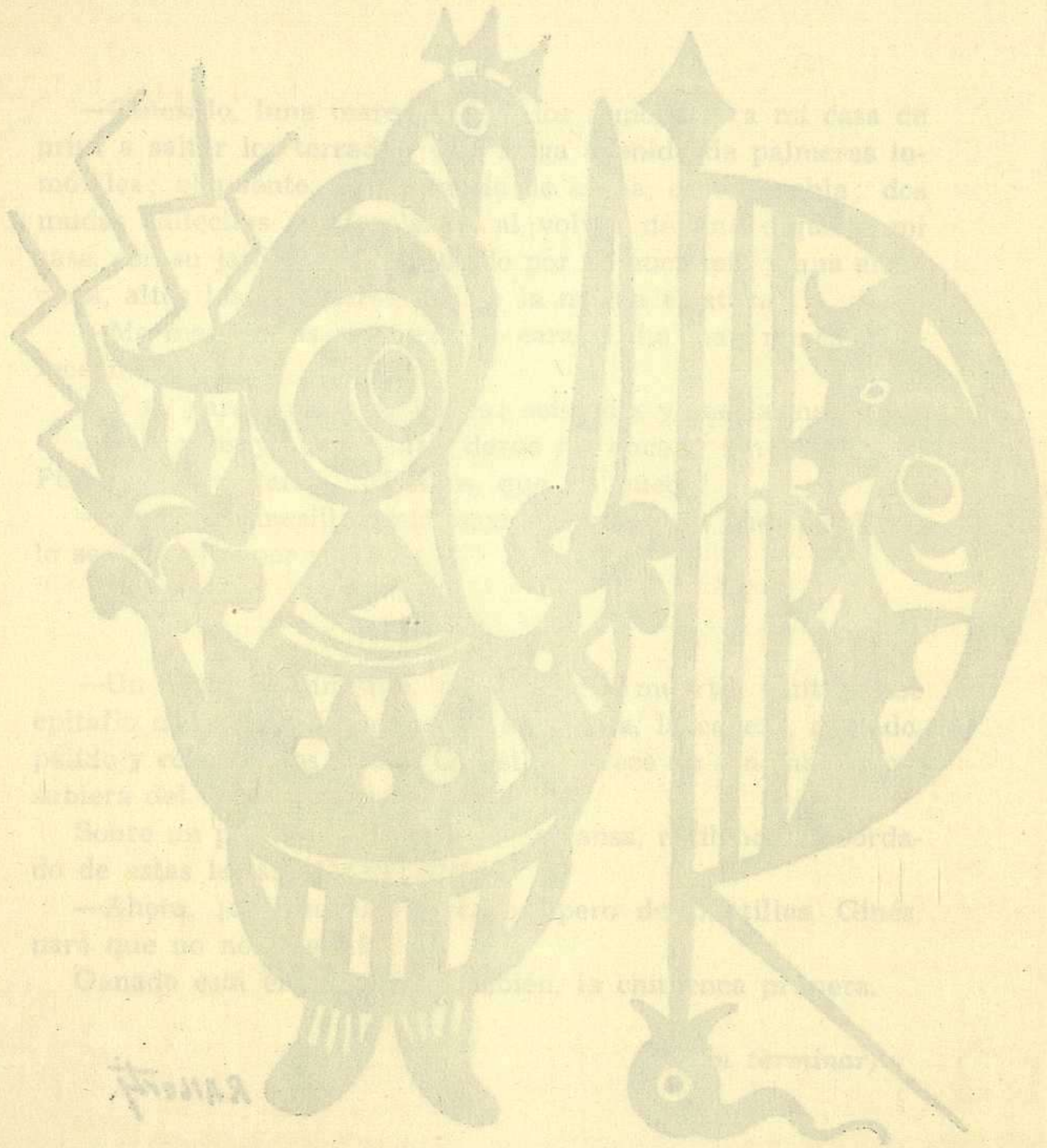
Ganado está el primero; también, la chimenea primera.

(Sin terminar)



RALPHY.

Ginesillo el marinero



RAVENA

Lista de amigos

GUSTAVO DURAN: Nueva de Babosa, 20.

PEPIN BELLO: Martínez Campos, 38.

R. BUSUTIL: Pozos, 2.

BERGAMIN: Castellana, 12.

MANCHALAN: Independencia, 2.

GUILLEN: Almagro, 31.

WALFFER: Pinar del Río, 10.

J. R. J.: Lima, 8.

FEDERICO: Avra del Cabello, 2. "Canale"

FALLA: Antequera Alta, Granada.

FRAY CASTILLO: Lima, 40.

Cartas inéditas a:

EMILIO PRADOS

JUAN RAMON JIMENEZ

FEDERICO GARCIA LORCA

JOSE BERGAMIN

CLAUDIO DE LA TORRE

CELESTINO ESPINOSA

LEON SANCHEZ

JUAN GUERRERO

GUSTAVO DURAN

PEPIN BELLO

FRAY JUSTO PEREZ DE URBEL

JOSE RUIZ CASTILLO.

NOTA: Esta lista, para los amigos y correspondientes, se publica en el presente. De ella, como se puede ver, falta una gran parte de los nombres. R. A.

Lista de amigos

- GUSTAVO DURAN: Núñez de Balboa, 29.
PEPIN BELLO: Martínez Campos, 39.
R. BUSUTIL: Pontones, 2.
BERGAMIN: Castellana, 13.
MARICHALAR: Independencia, 2.
GUILLEN: Almagro, 31.
HALFFTER: Pardiña, 118.
J. R. J.: Lista, 8.
FEDERICO: Acera del Casino, 3. Granada.
FALLA: Antequeruela Alta. Granada.
RUIZ CASTILLO: Lista, 66.
CELESTINO ESPINOSA: Lista, 67.
B. PALENCIA: M. de los Heros, 34.
LEON SANCHEZ: Mayor, 4.
SANTA CRUZ: Churruca, 25.
D. ALONSO: R. S. Pedro, 46.
OSCAR ESPLA: Columela, 8.
PEDRO SALINAS: Profesor de la Facultad de Filosofía y
Letras, Universidad de Sevilla.
J. M. CHACON: Pardiña, 32.
M. PEREZ FERRERO: Ayala.
EMILIO PRADOS SUCH: Santa Margarita, 2. Málaga. La-
rios, 4.
JUAN GUERRERO: Merced, 22. Murcia.
DIEZ-CANEDO: Lealtad, 12 (?).
M. ALTOLAGUIRRE: M. Altolaguirre, 2. Málaga.
MARIANO BREGEL: P. de Zaragoza, 51.
ARTURO GALLEGOS: Lagasca, 101.

NOTA: Estos son, eran, los amigos a quienes yo escribía entonces. Más de la mitad ha muerto. De otros, como R. Busutil, Santa Cruz, Mariano Bregel, no sé nada. R. A.

Desde las palmeras del parque, vi los ojos de Málaga abrirse sobre el mar y sonrosarse toda como un clavel de sus orillas. A las nueve corrí a la imprenta Sur. Ni Prados ni Altola-guirre me esperaban. No me conocían. Pero me adivinaron. Fue un encuentro maravilloso. Componían en ese momento el segundo o tercer número de LITORAL, la mejor revista de poesía que registró los años más felices de nuestra genera-ción. Manolo —Manolito— se disparó hacia mí, derribando un frasco de tinta, rompiéndose en mis hombros como ángel caí-do de una torre. Emilio Prados, mientras, empinados los ojos tras sus gafas, me contemplaba, inmóvil, con sonrisa de chino. Eran los héroes solitarios de la imprenta. De aquel minúsculo taller salían, compuestas pacientemente a mano y letra a le-tra, las páginas más limpias de toda la lírica de entonces (...).

Con Manolo y Emilio pasé en Málaga horas inolvidables. Juntos recorrimos las playas, viendo las redes al sol, espe-jeantes de boquerones, paseamos el Limonar, subiendo al cas-tillo de Gibralfaro, la vieja fortaleza mora. Cuando un ano-cherecer me acompañaron al puerto para decirme adiós, me di cuenta que allí, al pie del mar Mediterráneo, dejaba la amis-tad de dos nuevos poetas, recién nacidas ramas, andaluzas también, de nuestra bella generación.

De *La arboleda perdida*. Págs. 232-233

Carta número 1 a Emilio Prados

Rute, 2 diciembre, 1925.

Queridísimo Emilio:

Yo, a veces, para las cartas, soy un gran perezoso: quedo mal con todo el mundo. Hace ya más de dos meses que yo debía haberte escrito; pero... etc. Perdóname.

Siento con toda mi alma tu enfermedad. No hagas tonterías; cuídate, que, según ha llegado a mis oídos, te preocupas muy poco de esto. Yo, como tú, he tenido y aún tengo algo averiado un pulmón. Pero, no haciendo majaderías, con el mal de Roberto, como dice el doctor Pepín (Bello), se puede vivir tranquilamente y más que Matusalén.

* * *

En Madrid, cuando visité a Juan Ramón a la vuelta de su último viaje por Andalucía, me habló mucho de vosotros. Me dijo, no exagero nada, que teníais una imprentita preciosa, que tú estabas muy animado y que tenías, en el mismo local de la imprenta, un saloncito para recibir a vuestras amistades. Encontré a Juan Ramón muy contento y bien impresio-

nado; tanto, que él quería escribir, para uno de sus cuadernos, una carta dirigida a vosotros. (Yo no tengo perdón de Dios: todo esto te lo debía haber escrito hace ya mucho tiempo.)

* * *

*¿Cuándo entrarán por mi casa
las velas de "Litoral"?*

Bueno, iba a escribir un romance, pero lo dejo. Te mando, para la imprenta Sur mi *Marinero en tierra*. Aquí, en la sierra de Rute, no tengo, por ahora, más ejemplares. Pronto recibirás el tuyo y el de Manolito. Tú, en cuanto salga *Tiempo*, mándamelo.

Te prometo poner en limpio *La amante*, para enviártela enseguida. No sé cómo darte las gracias. Cuando la recibas y la leas ya hablaremos de lo demás.

CANCION PARA EMILIO

Amigo, yo aquí en la Sierra,

pensando siempre en el mar.

¡Y tú, mi amigo, en el mar!

Si yo busco el mar, ¡la tierra!

Si buscas tú el mar, ¡la mar!

Y... amigo, yo aquí en la Sierra,

pensando siempre en el mar.

Esta canción, si te gusta, te la escribiré en el ejemplar tuyo de mi *Marinero*.

¿Nos escribiremos con frecuencia? Da un fuerte abrazo a Manolito y dile que pronto recibirá carta mía.

Adiós, Emilio. La verdadera y grande amistad de

Rafael

P.S. ... y un par de besos para las mejillas.

Toledo, 4.

Rute (Córdoba).

Carta número 2 a Emilio Prados

(Sin fecha.)

Queridísimo Emilio:

Es la Navidad, y te mando un abrazo para el pecho y los hombros. Supongo que esta noche no dejarás de oír el Santo Sacrificio de la Misa. Yo asistiré, como buen poeta cristiano que soy. Luego, cogeré una buena pítima de aguardiente de Rute. Federico se emborrachará en Granada. En Málaga, tú y Manolito os encurdaréis también. ¡Todos los poetas borrachos! ¡Gloria in excelsis Deo! Pero, qué bien si esta pura borrache-
ra fuera mano a mano; íntima, en los salones de la imprenta Sur. ¡Lo que nos reiríamos! Manolito imitaría a la Bertini. Tú... ¿Cuál es tu especialidad? No la sé, pero ya borracho, serías capaz de violar en público a todas las "oes" de tu *Minerva*. Federico, cosa superior a sus fuerzas, nos recitaría a voces rodando por los suelos, además de sus versos —los escritos y por escribir— el *Diccionario del Pedrell*, como llamaría Dalí al cancionero de D. Felipe (q. e. p. d.) y yo... yo haría el canto del gallo y el del grillo y otras improvisadas *lecherías*.

Después de este jolgorio imaginario, vuelvo a abrazarte y a desearte una felices Pascuas, como, de paso, para Manolito y para mí deseo. Amén.

R. A.

Carta número 3 a Emilio Prados

Sierra de Rute.

¡Emilio! ¡Queridísimo!
¿Qué te pasa?

El poeta está triste. ¿Qué tendrá el poeta?
Los suspiros se escapan... ¡Es que es un proxeneta!

¡Estrella de la mañana,
Puerta del Cielo,
Torre de marfil,
Casa de Oro!

Ruego porque Emiliorum Pradorum
Suchorum ría y baile... al son de las
guitarras y los palillos.

Emilio:
Sinver gonzón,
gran almendrón
amargo,
y largo, largo, y largo...

¿Qué tienes?
Si pronto no me lo dices,
lo pagarán tus narices.

¡Emilio Prados en la edad crítica! ¡Dios mío! ¡Majadero!
¿Qué escribiría yo para que tú te divirtieras?

Verás:

Estoy enamorado de una niña andaluza de esas que nunca salen a la calle y se pasan la vida amortajadas detrás de las cortinas. ¿Por qué este cuento horripilante y cursi? No lo sigo.

Verás:

Una vez a Manolito Altolaguirre le salieron almorranas.
(¡Qué porquería más espantosa!) Punto final.

Emilio, amigo adorable, cuidate, CUIDATE, CUIDATE.
No seas melón invernizo.

*Pobrecito Emilio Prados,
enterradito en la mar,
por siempre entre dos pescados.*

*¡Ay, que voy a suspirar
y a llorar!*

¡Hosanna, Emilio, que ha salido el sol!

*Emilio del alma mía,
donde por verte me asomo,
hermosísimo palomo,
privado de la alegría.*

*¡Que ha salido ya el sol! Sal
con tu amigo Manolito,
a ver como baila el vals
solita la mar y el vito.*

Carta a Juan Ramón Jiménez

Rute, diciembre, 1925.

Queridísimo Juan Ramón:

Unas letras y unas poesías, saludándole a usted desde la Sierra de Rute.

Aquí, como el año anterior, vivo muy tranquilo y trabajando mucho. Voy al campo, si hace bueno, por las mañanas. Escribo en él, como usted hace tiempo, sus baladas y romances, mis canciones.

Ahora que comienza la recolección de las aceitunas, están muy animados los caminos de Loja, Benamejí, Iznájar, Lucena, Pueyo... Yo, desde una era de la ronda de Rute, veo el desfile de los aceituneros.

Algunas tardes vuelvo al campo o, si no, suelo visitar a las muchachas amigas. Como se acerca la Navidad, queremos poner un Nacimiento. Pronto habrá que salir a coger musgo, piedras y torvisco. Nos divertiremos mucho. Después de cenar, ya no salgo a la calle. Leo o escribo un rato, y me acuesto. ¿Qué le parece mi vida? Por ahora, no siento deseos de volver a Madrid, pero sí de verle a usted.

Adiós, Juan Ramón. ¿Me escribirá, si tiene tiempo, una postalilla? Ande...

Un fuerte abrazo de su amigo

Rafael Alberti

Carta número 1 a Federico García Lorca

Rute, 1 diciembre, 1925.

Queridísimo Federico:

Con muchísima alegría, recibí, en Madrid, tu carta. Me la entregó Gustavo. No te he contestado antes por falta de tiempo.

Hace tres días que llegué aquí, a Rute. Ahora, con toda tranquilidad, te contesto.

Tú y yo debemos estar algo más unidos. Yo soy como un hermano menor tuyo, Federico. Nos escribiremos, si a ti no te importa, con alguna frecuencia. Yo te contaré todos mis proyectos y tú, si quieres, me contarás también los tuyos. Sí, queridísimo Federico; yo me siento muy cerca de ti. Estoy escribiendo un libro de danzas cantadas y números cortos de teatro.

Durante el verano, por pueblos de Castilla, hice "La amante", que es un libro de canciones. En el monasterio de Silos tuve una gran alegría cuando en el álbum de firmas vi tu nombre. Yo, cincuenta o sesenta páginas más allá, dejé también la mía. Poco antes de salir de Madrid comencé "La Niña Guerrera", ópera para música de Ernesto Halffter. Es una delicia trabajar con entusiasmo.

Ahora caigo en la cuenta. Perdona que te haya hablado de mis cosas sin haberte dicho nada de los poemas que me dedicas en tu carta. Me gustan de verdad y cualquier día los incluiré en algún libro mío.

En este instante, me mandan de Madrid una carta de Emilio Prados. El y yo nada más que nos hemos visto una sola vez. Dice que ha estado largamente enfermo. Y, entre otras cosas, me entera de la inauguración de una biblioteca para libros de jóvenes, editando tu "Oda a Salvador Dalí". Me alegro en el alma. Ya es hora de que vea la luz pública algo tuyo. Tú, a estas alturas, debías de haber publicado ya más de cinco libros, te has distraído demasiado.

Quiere Emilio que yo le mande "La amante". Quisiera agregarle, antes de enviársela, algunas nuevas y todavía no escritas canciones. Ya veremos.

Ultimamente, en Madrid, nos reíamos mucho. Pepín, el *gran proxeneta*, Gustavo y yo íbamos por la mañana a La Granja. Pepín, entre otras muchas atrocidades, blasfemaba. Le ha escrito una carta al Papa pidiéndole la excomunión. Lo pasábamos muy bien. Te recordábamos siempre. Escríbeme, por Dios, Federico, que aquí vivo muy aislado y triste. Mándame ese "algo que me hará reír seguramente", que me prometes al final de tu carta.

Adiós. Un abrazo muy fuerte y verdadero de

Rafael

Carta número 2 a Federico García Lorca

Sierra de Rute

Federiquísimo sacrosanto. (Ora pro nobis).

Un abrazo muy fuerte desde la punta nublada del Monte de las Cruces.

Aquí no hubo tormenta. Aquí lo que hay, desde hace una semana, es una niebla espesa, que no me deja ver desde mi cuarto la carreterita de Loja. (Por ahí, por ahí se va a Granada).

¿Cómo te va, mi amigo? Alguna tristeza, ¿verdad? No se puede salir a la calle ni al campo, ni a ningún sitio. Ni siquiera a la "Lamparilla" para saludar a los compañeros. Tengo el honor de presentártelos:

Antoñuelo-canta-recio. (Poeta).

Rafael el de la Lázara. (Poeta y borrachín).

Lino el del Peo. (Poeta y vendedor de lotería).

Carabina. (Parte la leña. Borracho perdido; y escupe y se orina por los pasillos).

Palomero. (Fondista; siempre está hablando, colérico, del *alquilinato*).

—Aquí os presento a ustedes al señor don Federico García Lorca, poeta también. Son maravillosos. Sobre todo nuestros rivales, y más cuando se tiran unos a otros sus coplillas.

Si el tiempo mejorara, iríamos de excursión algunos chicos y chicas a las granjas del Genil, donde los poetas tienen su Huerto. Allí se reúnen todos y dan sus fiestas. Guitarra, baile, cante, e improvisación de poesías. Debe ser algo extraordinario. Tanto es el prestigio de estos poetas, que cuando hay jolgorio en Iznájar, Cueva, Benamejí, reciben sus cartas y acuden todos, por dos o tres duros, a amenizar la juerga con sus versos.

Federico: doña Colo se ha disgustado conmigo. ¡Qué lástima! Le ha *manifestado* a mi hermana: “Don Rafaelito ya no quiere nada con nosotras. ¡Velay! Que desde que vino a este pueblo ha visitado ya todas las casas menos la nuestra. ¡Está bueno don Rafaelito! Enseñándole, además, sus versos a las del alcalde, a la niña de Benítez, a la otra y a la otra, y a mi Carmen y mi María, ¡nada!”. Pobre Colo, o *Colilla*, que así, según dice ella, la llamaba el *calzones de su difunto*.

Federico, Federiquito, niño:

Adiós. Que me contestes enseguida, contándome cosas *extraordinarias*. Un fuerte abrazo de tu admirador

Rafael Alberti

Carta número 1 a José Bergamín

Rute, diciembre 8, 1925.

Queridísimo Pepe:

¿Qué hay? Ante todo, un fuerte abrazo desde la punta del Monte de las Cruces.

Ya puedes coger la *péñola* y comenzar a escribirme, porque me moriré en el acto, si no recibo inmediatamente carta tuya. Aquí mi mayor alegría es la hora del correo.

Como llueve a mares no puedo salir al campo. Es un fastidio. Si el tiempo continúa así, se nos aguará la fiesta que proyectábamos: iríamos, para Navidad, chicas y chicos, a las Granjas, donde está el Huerto de los poetas. Y oiríamos las coplas que se echan unos y otros; porque siempre hablan en verso. Luego, en barcas, merendaríamos por el Genil, que ya por las Granjas va muy ancho. ¡Cuánto iba yo a aprender! ¡Cuánto me iba a divertir! Pero, ¡abajo las ilusiones!, porque, según me han dicho, este mes de diciembre suele ser muy malo por esta parte de Córdoba. ¡Qué jeringazo!

Voy a hacerte una lista con los nombres de algunos de mis amigos y conocidos del pueblo:

Andrés el Hinchado (Carnicero).

Antoñuelo canta-recio (Poeta).
Rafael el de la Lázara (Poeta).
Carabina (Parte leña, borracho perdido, y escupe por los pasillos).
El loco Viñas.
Julián el Quemado (Tabernero).
Lino el del Peo (Poeta, borracho).
Simeón el Adivino (Vendedor de lotería).
Palomero (Fondista. Siempre está hablando, muy triste, del *alquilinato*).

En "La Lamparilla" taberna-casino del barrio alto, suelo tropezarme siempre con alguno de estos individuos. Me divierto un rato oyéndoles sus cosas. Cuando me cargan, cojo la puerta y me voy.

Ahora, como llueve, tengo que quedarme en casa y escribo, pongo en limpio los borradores antiguos, leo y me aburro maravillosamente.

¿Qué haces tú? ¿Trabajas? Mándame algo. Antes de terminar esta especie de carta, voy a copiarte una serie de nuevas canciones.

Rafael

Carta a José Ruiz Castillo

(Sin fecha)

Querido D. José:

Un saludo muy cariñoso desde la Sierra de Rute.

Llevamos un tiempo infame. Si continúa así, tendré que marcharme a Almería. En este pueblo, como estoy muy solo y tengo pocos amigos, trabajo las 24 horas del día. He comenzado un libro de cantares, villancicos y dialoguillos de Navidad. Otro, también, en prosa, de estampas populares.

De Málaga, unos amigos, muy amigos míos, poetas, que han comprado recientemente una imprentita, me han pedido "La Amante", yo les he dicho, sin comprometerme, que me aguar-den un poco, con objeto de distanciar la publicación del "Marinero", que salió de paseo por esas calles aún hace poco tiempo.

Ayer, de Murcia, me mandó Juan Guerrero Ruiz una crítica por Raimundo Reyes (no sé quién es) muy elogiosa de nuestro libro.

¿Y los sayones de Madrid? ¿Han hablado ya algo? Como yo no recibo periódicos ignoro que tal acogida habrá tenido el libro.

Bueno, D. José. Adiós. Póngame, si tiene tiempo, unas líneas, que me alegrarán mucho.

Otro día le escribiré a Manolo. Con saludos a su señora y a los demás, le abraza a usted su amigo

R. A.

Carta número 2 a José Bergamín

(Sin fecha)

Queridísimo Pepe:

¡Gloria in excelsis Deo! ¡La Navidad! Un fuerte abrazo desde la patria del aguardiente puro.

Esta noche; a la misa del Gallo, ¡como los buenos y cristianos poetas! Luego, a casa de las niñas amigas, para cantar coplillas, entre copas, roscos, polvorones, pestiños... Me acostaré muy tarde, rendido, harto, y quizás con el anís bailándome en la cabeza. Todo en honor del advenimiento del Mesías. ¿Y qué harás esta noche? Irás a misa con tu novia, ¿no?

*¡Que canta el gallo, Pepito!
¡A la misa, con tu novia,
montado en un borriquito!*

*Calle de Serrano abajo,
al Cristo de la Salud,
cantando, tu novia y tú.*

*Tu novia viste de raso,
y tú de raso también.
(Y el borriquito va al paso,
hacia el portal de Belén.)*

*Los dos le lleváis al Niño
una celestial corona
de perlas, con gran cariño,
comprada en casa de Thomas!*

*¡Que canta el gallo, Pepito!
¡A la iglesia, con tu novia,
montado en un borriquito!*

Creo que no te enfadarás conmigo por estas aleluyas. Si no me escribes pronto, pensaré que te han hecho muy mal efecto.

(Epístola ad Pepitorum Bergaminorum. Dic. 1925.)

Don José:

Gracias por los tres abrazos que me mandó usted desde Málaga. Yo, siempre tarde, se los devuelvo multiplicados desde la tierra de la aceituna mora y el aguardiente puro.

Al hablar de la aceituna, me acuerdo de la copla que cantaron unos aceituneros al despedirse del molino de Viudera:

*Del molino de Viudera
nos tenemos que acordar,
porque hay purgas puñeteras
que en pegando una picá
sale un hombre a la carrera.*

Finísima, ¿no?

Pepito: ¿qué hay por Madrid? No se nada. Poca gente me escribe. Cuéntame cosas. Oriéntame. ¿Se ha publicado algo de interés?

A Juan Ramón le puse unas letras mandándole algunas poesías. No me ha contestado. Si lo ha hecho, se habrá perdido la carta: culpa de su maravillosa letra persa, que no la entiende el pobre oficial de correos y, menos, el casi analfabeto cartero andaluz.

Pepito: te escribo al sol, en un paseo de palmeras, enanas todavía, nísperos, eucaliptillos, etc. Veo todo el campo de oli-

vos. A un lado, el monte Araceli. En su punta, la ermita. En la ermita, la Virgen. En la Virgen, el Niño. En el Niño, la bola del mundo. En la bola del mundo, todo.

Pepito: la Virgen, en la otra mano, lleva una espada de plata. ¿No te maravilla esto? ¡Viva Andalucía!

Adiós. Mil abrazos de

Rafael

Carta a Claudio de la Torre

(Sin fecha)

Queridísimo Claudio:

Hola. Escríbeme inmediatamente. Siento la mar no tener aquí ejemplares del "Marinero" para enviarte uno. Que te lo preste, por ahora, Gustavo; más adelante te lo proporcionaré.

Yo no tengo todavía ninguna carta tuya; tú, mías, sí. ¿Por qué no me escribes contándome tus *aventuras* veraniegas? Eres muy silencioso, señor Claudio. Nunca logré sacarte más de veinte palabras. Escríbeme.

¿Y tu novela? Aún no la conozco. No conozco nada tuyo. Sé que has publicado algo en la "Revista de Occidente", pero no lo he visto. ¡Esto es un desastre!

Bueno, Claudio de las Islas Canarias, te saluda, con un abrazo, desde los olivares y las eras de Rute

Rafael

¿Y P. Salinas? Si está en Madrid, dale muchos recuerdos, y pregúntale si recibió mi libro.

Carta a Celestino Espinosa

Sierra de Rute (sin fecha)

Ave, D. C.:

¿Quieres que Simeón el espiritista te ponga en interviú con el espíritu de Fátima? Pues fabricate una vela de cera virgen y *semen masculino*. Vente, con ella encendida, al monte de las Cruces. Y a las 12 en punto de la noche, el espíritu de Fátima se te posará sobre el hombro izquierdo. ¿Y qué te dirá el espíritu imperioso de la puta? El espíritu imperioso de la puta *libidinosa y semiramídica* Fátima, te gritará muy quedo, en una oreja:

¡Pobre D. Rafaelito, queriéndose ir a Almería, y sin un cuarto! Y a ti se te pondrán de punta los cabellos.

Y el espíritu imperioso de la puta, volverá a desollarte el delicado ¿...? de tu oído:

—¡Pobre D. Rafaelito! ¿Por qué no le mandas 200 pesetillas? Y te rechinarán los dientes. Y creerás que el último minuto de tu existencia revolotea, en forma de quebrantahuesos, sobre tu occipucio.

Y el espíritu imperioso de la puta, te reventará, por último, con el alfanje hediondo de su vaho, la bien templada trompa:

—¡Pobre D. Rafaelito! ¡Mándaselas!

Y entonces, ¡oh! tinieblas, te orinarás en los calzones, te resquebrajarás por el trasero, y rodarás, patitieso, monte abajo. Y te cantarán el gori gori.

Adiós

R.

Carta a doña Celestina Echevarría de Espinosa (1)

Muy señora mía y de mi más alta consideración:

Tengo el gusto de manifestarle que resulta de que D. Rafaelito Alberti se ha presentado de improviso en este pueblo. Y habiendo yo averiguado, señora mía, de que resulta ahora de que está prendado de mi Carmen, que es la menor de mis niñas, resulta de que yo quisiera de saber qué tal se comporta este muchacho en la Corte. El, por lo que toca y respecta, parece todo un formal caballero: va a la iglesia los domingos, no se le oye a él nunca una fea palabra, por las noches se recoge tempranito... ¡Velay, señora, que el muchacho cumple y tiene condiciones! Pero, doña Celestina, como resulta, por otro sitio, de que ya no es una, permíñeme decir, una mocita, ha sufrido en esta vida muchos desengaños... Vaya, que no sabe una si D. Rafaelito aparenta aquí una cosa y luego, por esos Madriles, comete trastadas y tropelías.

Por eso le escribo a usted, para que me informe de la conducta del muchacho. Pregunte usted en Los Luises que es a

(1) Madre de Celestino Espinosa. Carta en broma fingiendo que le escribe doña Colo, personaje estrambótico y maravilloso, de quien Alberti habla bastante en *La arboleda perdida*.

donde resulta que él suele ir todas las tarde, y escribame pronto, por lo que más quiera, los informes, porque mi Carmen está ansiosita de saberlos.

Un millón de gracias anticipadas, señora. Y aquí me tiene usted, para todo lo que guste mandar.

Su amiga

Colo

Postratra: Sabemos por don Rafaelito de que tiene usted un hijo que se llama Celestino, y que se dedica a la abogacía. Dele recuerdos de su parte y dígame, si no hay inconveniente, que le escriba a la calle Toledo, 4.

Carta a León Sánchez (1)

Querido amigo León:

Un saludo muy cariñoso desde las eras de Rute.

Aquí se trabaja bien, en silencio, sin bocinazos de automóviles. Paseo por donde quiero, sin que ningún guardia de la porra me fastidie. Salgo en alpargatas; si hace calor, sin chaqueta. Y nadie se fija ni se mete conmigo. Estoy encantado.

Tengo algunos amigos deliciosos: Carabina, Antoñito-cantaseco, Simeón el adivino y otros de *menos valía*. Los dos primeros son poetas y, además, borrachines. El último, espiritista, echador de cartas y, también, bebedor de aguardiente. En "La Lamparilla", taberna casino del barrio alto, lo paso muy bien con ellos. Si necesita usted alguna coplilla para felicitar a alguna amiga, aquí están a sus órdenes Carabina y Antoñuelo. Lo mismo que si desea comunicar con el espíritu de Fátima... (*Párrafo tachado, incomprensible*)... consumida la luz, el espíritu de Fátima se le posará sobre el hombro izquierdo. ¡Qué maravilla!

Hermano León, *pecorella di Iddio*. Adiós, hasta otra vez. Escribame, si puede.

Un abrazo

Rafael

(1) Conocido librero de Madrid. Pariente cercano de Pedro Salinas.

Carta a Juan Guerrero

Sierra de Rute, diciembre, 1925

Mi querido Juan Guerrero:

No sé cómo pedirle perdón por mi tardanza en escribirle.

Ahora, tranquilamente, lejos de Madrid, desde la sierra de Rute le pongo a usted unas letras, sobre todo para darle las gracias: primero, aunque tarde, por los dos preciosos libros que me regaló en el día de mi santo, y segundo, por el envío de la simpática y cariñosa crítica sobre mi libro. Salude en mi nombre a su autor y dígame lo mucho que se la agradezco.

Otra vez, amigo Guerrero, me tiene usted por esta maravillosa serranía. Después de una semana de niebla y lluvia, ha vuelto a salir el sol y ya, con él, he vuelto a salir al campo. Es una gloria poder escribir al aire libre, coronado de olivos y montañas. Trabajo mucho, constantemente, y más encontrándome tan sólo.

Le mando, con el libro del "Marinero", una pequeña colección de poesías inéditas. Al fin, después de casi dos meses, cumplo lo prometido.

Recibí el libro de Oliver Belmás. Me gusta su tono de verso. Estos más personales me parecen, sin duda, los mejores de "Mástil". Tengo que escribir a Belmás dándole las gracias. Si usted se comunica con él, dígame que por ahora no puedo mandarle mi libro, que aquí en la sierra no tengo ejemplares; pero que se lo mandaré más adelante.

Querido Guerrero: póngame unas líneas, si tiene tiempo. Se las agradeceré muchísimo. Su amigo verdadero, que le abraza

Rafael

Carta a Gustavo Durán

Queridísimo Gustavo:

¿Quién es el autor del “virulento engendro” que me mandaste dentro de tu última carta? S. de R. no sé quién es. Claro que se trata de *un hijo de la puta*. ¡Naturalmente! No digo más. Me callo. ¿Para qué hablar de semejante lío?

Gustavo: ¿Quieres hablar con el espíritu de Fátima? Simeón el adivino, mi gran amigo, es íntimo suyo. Te llevará, a las 12 de la noche, a la punta del monte de las Cruces. Allí encenderá una vela, compuesta de cera virgen y semen masculino; gritará, se pondrá pálido, rechinará los dientes y, al fin, después de un horripilante zapateado, ya consumida la luz, el espíritu de Fátima se te posará sobre el hombro izquierdo. ¡Qué maravilla! ¡Si vieras con qué convencimiento habla Simeón de estas visiones suyas! Es extraordinario.

Hace unos días, estuve en Iznájar, pueblo de espiritistas, criminales, suicidas y descreídos. Es imponente. Está, con su precioso castillo árabe, en la cumbre de un precipicio comido de pitas y chumberas. ¡Qué frío, allá en lo alto!

Este es el pueblo de Simeón y de otros tantos adivinos. Aquí, por las rencillas más insignificantes, hombres y mujeres

han aparecido colgados de los olivos. No invento nada; reproduzco exactamente las palabras de Francisco Vázquez, escribiente y ¿...? de Iznájar.

Un detalle del espíritu negro de este pueblo: en medio de una plazoleta, bajo un árbol, ante todo el mundo, el médico hace la autopsia a los cadáveres. ¡Horrible!

Gustavo, ya de noche, muerto de miedo, volví a Rute. Y, naturalmente, no pude coger el sueño.

Cuando vaya a Madrid, te contaré muchas más cosas interesantes.

Por favor. ¿Quieres preguntar en los kioscos de periódicos por una revista que creo se llama "El Estudiante"? Según me escribe Dámaso Alonso, en el número de este domingo —mañana— hablará, uno de los redactores, del "Marinero en tierra". ¿Quieres, si se ocupa de mí, comprarme dos números? (Se te avanzarán, no lo dudes.)

Adiós, Gustavo, que me escribas pronto. Un fuerte abrazo de

Rafael

Carta a Pepín Bello

Alabado y reverenciado D. Pepín:

Para que de vergüenza se te caiga la cara, empuña la bien tajada péñola.

Habrás de saber que eres un capricornio.

El año nuevo lo celebré sentándome a la mesa con aquella retecoscosísima, babolamiosísima y pútrida tertulia de esqueletos que tu delicadeza me mandó felicitándome. Gracias, D. Esculapito.

Gustavo, también bastante dejado de la mano insepulta de Mahoma, me escribió ayer. Como me habla de ti, mi espíritu sintiose conmovido y, de repente, infectado por el virus gelatinoso y melancólico del recuerdo. Pero te lo juro: ya tu vagarosa imagen —tu estilizada silueta— se me había borrado del magín, como las nieblas invernizas borran los más sutiles y agrestes paisajes; esos que el Hada Primavera suele ornar de ingravidas florecillas y alados ¿...?

Tan esfumado yacía tu libidinoso cadáver, que ya ignoraba yo si tus bigotes se empingorotaban enhiestos hacia el empíreo como los de S.M. destronada D. Guillermo II, o si caían desesperados y exánimes hacia la tierra vil que nos sustenta. (Todo

esto es pura ficción. Sé muy bien que se trata de un inmundo y recién nacido bigote).

Y ya no tengo más ganas de ensartar disparates ni de escribir.

No seas mar...i con... téstame inmediatamente.

Abrazos y ósculos de

Rafael

Carta a Fray Justo Pérez de Urbel

Querido Fray Justo:

Este invierno, andando por la sierra de Córdoba, tuve la suerte y la alegría de leer esos versos suyos de Navidad, que le mando a usted por si acaso no los ha visto publicados. Me gustan de veras, y me ha llenado de recuerdos de otra época mía, ya muy lejana, y de los inolvidables días veraniegos pasados con usted y Fray David en ese maravilloso monasterio.

Me muero por volver a él, pero no para una visita corta como la anterior; sino para pasar una temporadilla a su lado, hablando por los claustros, de poesía; oyéndole contar esas preciosas historias de monjes que usted sabe y escribe, y para yo también recoger un libro de estampas cristianas, que dedicaría a usted y a Fray David especialmente, y a toda la comunidad de Santo Domingo. Si pudiera ir para mayo, iría.

¿Le será muy difícil conseguirme del Abad permiso para una estada en esa de 15 ó 20 días? ¡Qué bien! Ya me veo yo, tropezando, de noche, por los claustros oscuros, con el espíritu imborrable de Fray Bernardino. No he olvidado su historia. ¿Se acuerda usted de cuándo me la contó? Una noche de lluvia y viento, en mi celda, estando presentes el buen frailecico David —“la risa enlutada”— y mi hermano Agustín.

¿Y la Virgen de Marzo? ¡Qué guapísima es y cómo la recuerdo!

Escríbame usted, Fray Justo, escríbame una buena carta contándome cosas. ¿No me conoce ya? Yo soy Rafael Alberti, un buen amigo suyo, a pesar de haberle tratado tan poquillo tiempo y, luego, no haberle escrito nunca. Ahí le mando mi "Marinero en tierra", para que usted lo tenga y lo lea en el jardín, a la sombra del ciprés, junto a la fuente de los nenúfares.

Adiós. Al frailecico David, muchísimos recuerdos.

Para usted, un fuerte abrazo de su affmo.

Rafael Alberti

P.S.—Mándeme, si puede, alguna postalilla del Monasterio.

Carta número 3 a José Bergamín

(desde Almería)

(Sin fecha.)

Queridísimo Pepe:

Muerto de vergüenza te escribo. Perdóname.

Anduve casi dos meses por la sierra de Rute. Allí trabajé bastante. Te mando copia de algunas poesías de las escritas por esa Andalucía interior. Hoy, en la marítima, trabajo menos. Siempre tengo sueño y pereza. Estoy avergonzado.

Sé que cuando me marche de Almería, he de escribir mucho, más que nunca. Ahora paseo, a pie, en barca o gasolinera. A pie, por un parque de palmeras, acacias, mimosas y flores. En barca o gasolinera, por un mar azul demasiado tranquilo. Las tardes me las paso en el "terrado" blanco de mi casa. Desde el terradillo más alto diviso el mar y la entrada y salida de los barcos. Saludo con el pañuelo a todos los vecinos. Algunas noches, saltando azoteas, doy la vuelta a la manzana. Si quisiera, robaría la ropa de todos los tendedores.

Por las mañanas, voy al parque, que está tendido en el muelle. Llegan barcos de todos los países. Hace poco fondeó una escuadrilla de cazatorpederos franceses. Al atardecer, cuan-

do arriaban la bandera, se llenaba la bahía de clarines y silbatos de todos los metales.

Yo nunca me cansaré de hablar del mar. Estoy haciendo otro libro de canciones marineras, que, naturalmente, al excéntrico Díez le volverán a parecer *amaneradas*, influenciadas por todo bicho viviente. ¿Leiste el articulito del “Sol”? ¡Qué incomprensión y que cursilería!

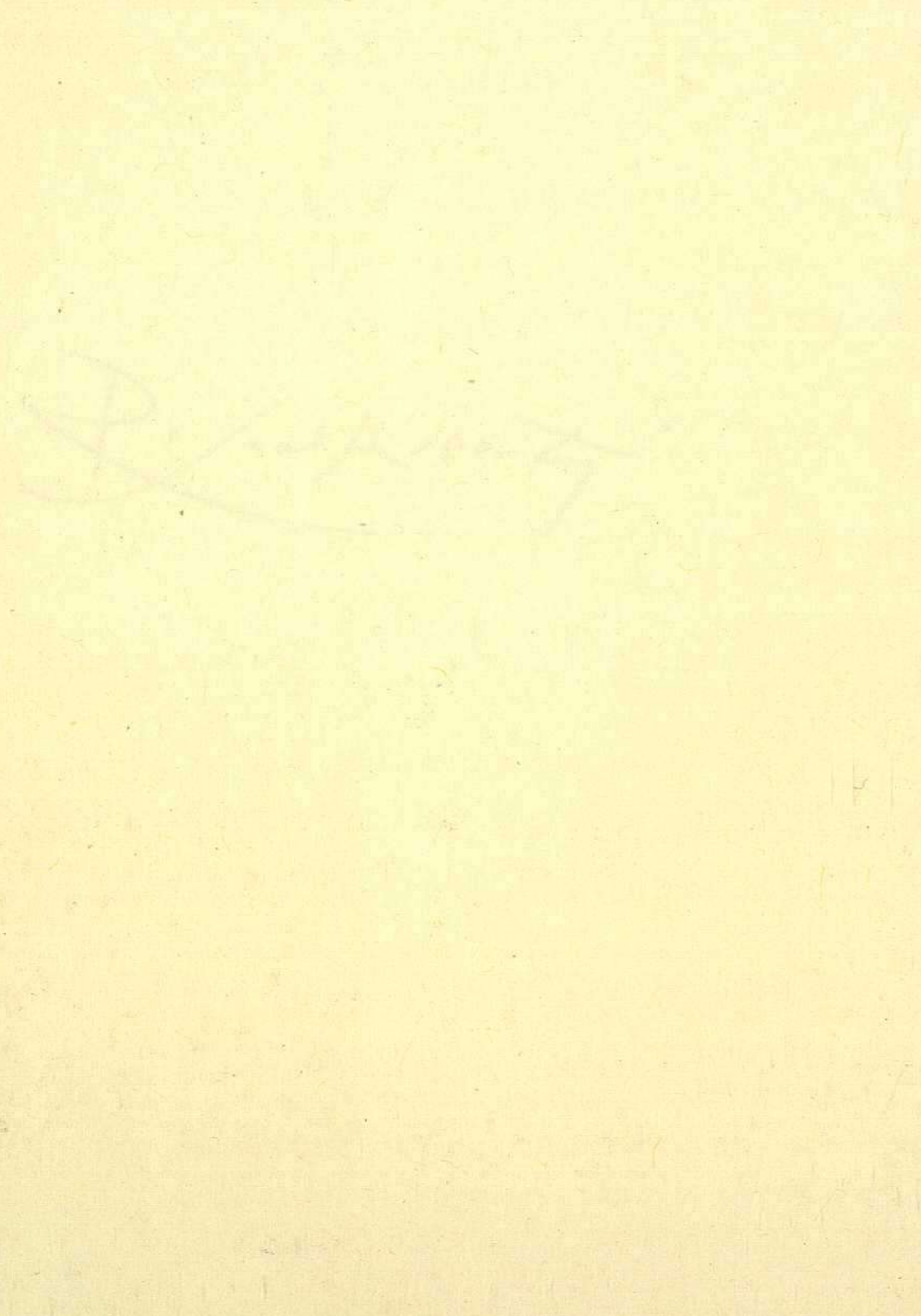
“Alberti iba para pintor. No sé si abandonó los pinceles por la pluma”, al modo de aquellos donosos y peregrinos ingenios que trocaban la espada por la péñola. Dime tú si Canedo ha entendido mi poesía. ¿No te parece a ti que, después de todo, es lo que menos le interesa, y que lo que más le importa es molestar a Juan Ramón? Yo creo que sí. Háblame de esto. Desde Málaga, Emilio, el “hiperbólico” Manolito y yo te pusimos unas letras, saludándote. Hoy, lleno de remordimiento, te escribo yo solo. Me gustaría que me contestaras, y que para darme una lección, me contestaras enseguida. ¿Lo harás? Tú eres más bueno que nadie, y yo, por lo tanto, no soy digno ni de besar el polvo de tus sandalias purísimas.

Adiós, Pepito. Un fuerte abrazo verdadero de

Rafael

P.S.—A Juan Ramón le escribí desde Rute. No se nada de él. Abrazos y recuerdos.

Revela 160-7



LITORAL nació en Málaga en noviembre de 1926. Fundada por dos poetas —Emilio Prados y Manuel Altolaguirre— esta revista agrupó a una generación deslumbradora: la llamada “Generación del 27” o también “Generación de Litoral”. En sus páginas, Federico García Lorca, Rafael Alberti, José Bergamín, Luis Cernuda, Jorge Guillén, Juan Larrea, José Moreno Villa, Gerardo Diego, Vicente Aleixandre, José María Hinojosa, Dámaso Alonso, Ramón Gómez de la Serna, Benjamín Jarnés, Pedro Garfias... Con ellos, músicos como Manuel de Falla y los pintores: Picasso, Juan Gris, Joan Miró, Manuel Angeles Ortiz, Benjamín Palencia, Joaquín Peinado, Salvador Dalí, Apeles Frenosa, Francisco Bores, Uzelai.

LITORAL, resucitó en la primavera de 1968, junto al mismo Mediterráneo que le vio nacer. El nuevo LITORAL difundió y valorizó la obra de sus creadores, reprodujo sus ya históricos números iniciales y los de la etapa de México —con Juan Rejano, Francisco Giner de los Ríos, Moreno Villa—, cuando la revista rebrotó en el exilio.

LITORAL ha publicado además —a lo largo de diez años— números monográficos de valor perdurable: a Rafael Alberti, a García Lorca en su “Llanto de Granada por Federico”, Poetas Andaluces del 50, homenaje a Antonio Machado, el dedicado a Prados y Altolaguirre, a la Nueva Generación, al escultor Alberto, a Carlos Edmundo de Ory, a Picasso en sus 90 años, a Manuel de Falla, a José Bergamín (incluyendo su libro inédito “La claridad desierta”), al arte del toreo con un número especial en honor de Antonio Ordóñez, titulado “Ronda y un torero” Y otras entregas extraordinarias, entre ellas la publicación, por primera vez en España, del libro de Rafael Alberti “Roma, peligro para caminantes”, “En breve” de Dionisio Ridruejo, así como recopilaciones temáticas dedicadas a la poesía española en el exilio y a la poesía escrita desde la cárcel. Sus últimas entregas están dedicadas a Mao Tse Tung, a León Felipe, a Miguel Hernández, a César Vallejo, a Luis Cernuda y el libro inédito de Rafael Alberti “Cuaderno de Rute” representan una importante aportación literaria, así como la antología poética de José Bergamín “Por debajo del sueño”. A LITORAL nadie le financia: sólo sus lectores. Es independiente. En su poesía, en su pensamiento.

EN este que ahora titulamos "Cuaderno de Rute", descubierto tardíamente, en Madrid, por mi sobrina María Alberti, se agrupan algunas poesías y prosas que recordaba muy bien junto a otras completamente perdidas en mi memoria. Leídas hoy a tanta distancia, creo, quizá, encontrar exageradas, más que injustas, algunas apreciaciones sobre Rute, las cuales podrían ser aplicables igualmente a otros tantos pueblos aislados de las serranías andaluzas.

Las prosas dedicadas a diversos personajes, populares, ruteños, nunca fueron publicadas, por parecerme, sobre todo entonces, demasiado ceñidas a lo local, sin trascender más allá de los límites de aquel dramático pueblo caído entre los montes cordobeses. Hoy las encuentro interesantes, además de un jalón, algo diferente, en la totalidad de mi obra literaria.

Algunas de las poesías —canciones— que aquí dejo, quizá no las incluí en "El alba del alhelí" por considerar unas ecos de otras o por no haber tenido a mano este cuaderno en el momento de componer aquel libro, al que realmente pertenecen. Entre estas canciones, lo mismo que en las de "La encerrada" y "La Maldecida", ya publicadas, hay algunas que pueden también considerarse el origen de "El adefesio", mi obra teatral, que urdí, pasado el tiempo, en los primeros años de mi destierro en la Argentina, a base de algún hecho real y singulares personajes casi entrevistados que se quedaron en mi memoria juvenil, recreados luego poéticamente en la distancia.

Lo que tal vez aprecie más en este "Cuaderno" son los borradores de las cartas que dirigí, entre otras, a algunos de los amigos que empezábamos a formar aquella generación de poetas, conocida hoy en el mundo con el nombre de "Grupo del 27". Entre ellas hay una carta destinada a Fray Justo Pérez de Urbel, de la Orden de benedictinos de Santo Domingo de Silos, que deseo dejar como recuerdo de unas noches maravillosas y hasta un algo diabólicas que pasé con él en mi celda, acompañado de otros frailecitos sencillos, cultos y verdaderamente liberales entonces, diez años antes de aquella nuestra guerra civil, que poco más tarde llevara al padre Justo a ser un fraile tristemente representativo en el campo franquista.

La revista "Litoral", de la que se habla en las cartas dirigidas a Emilio Prados, tiene hoy más derecho que nadie a incluir en sus ediciones, como lo hizo entonces con mi libro "La amante", este "Cuaderno de Rute".

Rafael ALBERTI



2.^a edición del número 70-71-72
de la revista LITORAL

BRITISH MEDICAL JOURNAL (1925) LITON